Serie ciencia ficción
GALAXIA 2000

NOVELA INEDITA

Neil Adler

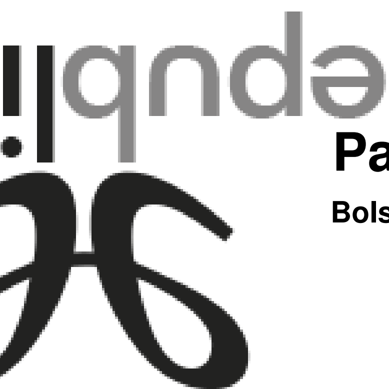
Paraíso asesino



Bernard Clark, uno de los hombres más ricos de la galaxia acaba de hacer realidad su sueño: tener su propio planeta privado, terratransformado en un vergel de exuberante vegetación.

Para celebrarlo celebra una gran fiesta a la que invita a los hombres más poderosos de la galaxia, incluidos sus rivales en los negocios, como James Smith y sus inquietantes acompañantes.

Sin embargo, tras la gran fiesta de inauguración, Clark y sus invitados, deben luchar por sus vidas, buscando la única nave espacial del planeta, que les permita huir de un planeta convertido en un auténtico paraíso asesino, donde nada ni nadie es lo que parece.



Neil Abner

Paraíso asesino

Bolsilibros: Galaxia 2000 - 05

ePub r1.1
Titivillus 05-10-2019

Título original: *Paraíso asesino*
Neil Abner, 1985
Retoque de cubierta: Editores
LDS

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



Capítulo 1

Bernard Clark intentó apartarse un poco del centro de la fiesta para poder apreciarla en todo su conjunto.

No lo consiguió. Apenas había empezado su maniobra, un ensueño dorado se le acercó trotando alegremente y se colgó de su brazo. Una de las chicas contratadas para «amenizar» la velada a los invitados masculinos. Y él era, evidentemente, masculino.

—¡Es una fiesta maravillosa! ¿Verdad?… —aseguró/preguntó la chica, con una sonrisa resplandeciente.

—¡Psché! —admitió de mala gana Bernie— no está mal, pero podía haber sido mejor. Los vinos, por ejemplo. Si no llega a ser por la guerra de Canopus, hubieran llegado de Vidia… ¡Una lástima!

—¡Sí, una lástima! —corroboró al instante la chica, poniéndose de su lado. No era tonta. Su misión era que los invitados se sintieran halagados y disfrutasen lo máximo posible. Si tenían que aceptar ser fritas en aceite hirviendo, se lanzarían alegremente a él con una sonrisa en los labios.

No era tonta y, además, guapa. Bern la observó detenidamente y decidió que encajaba al milímetro en sus gustos. En los suyos, pensó, y en los gustos de cualquier ser humano masculino en sus cabales. Piernas largas y bien torneadas, pecho exuberante, cintura ágil y flexible, sin un gramo de grasa pero sin excesiva musculatura. Bern intentó encontrar las pequeñas cicatrices de los cirujanos, sin éxito. Era difícil creer que tal perfección no se debiera a las hábiles manos de los expertos en cirugía estética, pero tuvo que rendirse a la evidencia. Su túnica cuasitransparente no dejaba mucho a la

imaginación… y a cubierto.

En cambio, sus ojos no admitían dudas. Nada creado por la mano del hombre hubiera podido igualar aquel azul, profundo y turbador, que chispeaba en lo más profundo de su iris. El pelo, sedoso, contribuía a paliar el efecto de su mandíbula, ligeramente cuadrada y dura, llena de energía y decisión. Sus labios, levemente gruesos, eran toda una invitación a ser besados.

Para variar, no estaba mal una chica «verdadera». Pero decidió probarla un poco más.

—Además, hay muchos invitados que ni siquiera merecen barrer este palacio… —añadió con un leve rictus de desprecio, dirigiéndose a la chica que esperaba ansiosa sus palabras.

La chica vaciló ligeramente. No se atrevía a contrariarle, pero tampoco podía darle abiertamente la razón. ¿Y si todo era un juego? ¿Y si se estaba burlando de ella, y, más tarde, la descubría en público?

—Bueno, no siempre se puede invitar a quien se quiere… —tanteó la chica—. Existen ciertas convenciones sociales que hay que tener en cuenta…

—¡Tonterías! —cortó Bern, tajantemente—. ¡Lo que hay, es mucha hipocresía!

—La hipocresía también forma parte del ser humano, ¿no? —Apuntó la chica, frunciendo un poco el ceño. Esperaba haberse mostrado lo suficientemente hábil.

—¿Quieres decir que tú también eres hipócrita? —Preguntó Bern, sonriente, casi sin darle importancia.

—Yo, bueno… ¡Procuro evitarlo siempre que puedo! —aceptó la chica.

—Entonces, ¿por qué estás aquí dándome conversación, como si fuera lo más importante de tu vida?

—Insistió Bern.

La chica no supo qué responder. Se la veía furiosa, pero sin atreverse a contestar, mordiéndose la lengua por no soltar lo que realmente deseaba.

—¡Ah, qué vida! —exclamó Bern, burlonamente—. Si pudiera, me largaría de aquí inmediatamente…, ¡lejos de invitados indeseables y chicas mentirosas!

—Entonces, ¿por qué no lo hace? —estalló finalmente ella.

—No puedo, preciosa… —respondió Bern con tristeza—… Esta fiesta la he organizado yo…; ¡es mi fiesta!

La chica pasó del blanco al púrpura en un segundo.

—Per… perdone, yo… No sabía que… —tartamudeó desconcertada—. Disculpe, pero me llaman… ¡lo siendo, señor Clark!

Y se alejó como alma que lleva el diablo.

Bern volvió a sonreír con tristeza. Ser alguien poderoso e importante tenía sus ventajas y desventajas. Aquella pobre chica debía sentirse como en un infierno. Sabía que, con una sola palabra suya, sería expulsada de su trabajo y hundida en la más profunda de las miserias. Y él, a su vez, sabía lo que significaba sentirse en una posición tan vulnerable. No siempre había sido el temido Bernard Clark.

Partiendo prácticamente de la nada, contando con un cerebro avispado, enormes dosis de entusiasmo y trabajo, y una cierta falta de escrúpulos, había conseguido situarse entre los 100 hombres más ricos de la Federación Terrestre.

Poseía una compañía de terraformación[1] —la *Shapeworld*—, capaz de convertir un infierno helado o una masa de rocas fundentes, en un paraíso; una saneada cuenta corriente; una cartera de pedidos abultada; y un consorcio de empresas subsidiarias, nacidas a la sombra de la compañía madre, que abarcaban todas las actividades complementarias: transportes especiales, diseño industrial de robots y androides; explotación de minas, biocultivos, etc., etc., etc…

¡Y, ahora, había conseguido batir su propio récord!

Era el dueño total y absoluto de un planeta. Pequeño, pero un planeta al fin y al cabo.

Hacía un par de años que una de sus naves había localizado al pequeño Istambetta, orbitando en torno a Sol 003-F-2931. Los primeros informes habían sido extraordinariamente prometedores y él se había encargado del resto.

En la actualidad, Istambetta tenía cubierto el cincuenta por ciento de su superficie por las aguas y el resto eran suaves llanuras, densamente pobladas de vegetación exuberante, con un único macizo montañoso a la altura del Ecuador, donde la temperatura

era más benigna.

Su morada, su palacio en aquel reino, se encontraba instalada en aquel pequeño macizo, desde el cual la vista podía perderse hasta el horizonte, hasta el límite de su propiedad.

Elevando la mirada, podían distinguirse dos lunas. También terraformadas, por supuesto. En contraste con la suavidad y placidez del planeta; una, brillaba con los tonos dorados del desierto. La otra, resplandecía por la luz reflejada sobre la nieve que recubría totalmente su superficie.

En resumen, Istambetta y sus lunas eran un pequeño sistema, concebido para el descanso y la diversión. ¡Y todo, absolutamente todo, le pertenecía a él!

Ahora, allí, en su palacio, se habían concentrado las dos docenas de personas más poderosas de toda la Federación, para celebrar el fin de los trabajos y la inauguración oficial de la residencia. En ella se encontraban los financieros, los fabricantes, los políticos…, ¡todos!

El sol empezaba a caer y Bern se sintió deslumbrado por el resplandor centelleante que se colaba por uno de los ventanales. Se acercó al campo de fuerza que cerraba la abertura, mejor que cualquier cristal e incluso con más transparencia que éste, y miró al exterior, al campo de aterrizaje de donde surgía el resplandor.

«La nave de Smitty, —pensó—, Tenía que haberlo imaginado… ¡Es inconfundible!».

Lo era. James Alexander Herbert George Smith había hecho su fortuna transformando minerales en metal, a un precio sorprendentemente barato. Y, por supuesto, el metal era la enseña particular del millonario. Pero, no un metal cualquiera, no, señor. Sobre su recubrimiento antitérmico, la nave de Smith estaba abigarradamente sembrada de placas de oro. Ostentoso y estúpido, pero muy en consonancia con el carácter de su propietario.

A Bern no le gustaba Smith. Creía que era capaz de arrasar un planeta si en él había un solo dólar a ganar. Era avaricioso, fanfarrón, despectivo y cruel. Y parecía culpar a todo el género humano por la cruel broma que —suponía él— habían cometido sus padres con su nombre. Ni siquiera la increíble aglomeración de nombres propios, pomposa y desmesurada, podía esconder la vulgaridad de su apellido.

Invitarlo a la fiesta había sido como invitar a una víbora, pero sin él, la celebración hubiera carecido de color. Bern necesitaba tenerlo allí para sentir su envidia y su odio, para recordarse a sí mismo en lo que podía convertirse, si se dejaba dominar por la sed de dinero y poder.

—¿Te gusta, eh?… —exclamó una chirriante voz, junto a su oído.

Bern se volvió para encontrarse con el mismísimo Smith.

—¿Cómo no me va a gustar? —aceptó Bern—. Es un planeta maravilloso…

—¡No me refería al planeta, sino a…! —Smith cerró la boca, al advertir la sonrisa de Bern. Había eludido la trampa y la había cerrado sobre el cazador—. ¡Bah, todo esto es primitivo!

—¿Primitivo? —repitió Bern—, lo más primitivo que hay en Istambetta es cierto millonario vanidoso que…

—No me refería al planeta…, como dije antes —replicó Smith, con una sonrisa—. Hablaba de tu actitud. Todo eso está pasado de moda. Me parece bien que un hombre, a finales del siglo *XX*, quisiera comprarse una isla en el trópico, pero estamos en el *XL* y ya no se lleva… ¡Tienes un gusto muy anticuado! ¿Verdad, muchachos?

Bern giró sobre sí mismo, para ver a los «muchachos», los hombres que Smith había traído consigo.

Eran dos.

El primero, alto y musculoso, con el cráneo completamente rapado y una mirada capaz de clavar un águila contra la pared. A pesar suyo, Bern sintió un escalofrío recorrerle la espalda.

—¿No los conoces, verdad? —Preguntó Smith—. Permíteme que te los presente: Sol Steel, mi guardaespaldas…

Bern tendió su mano, pero el guardaespaldas tardó unos segundos en corresponder. Y lo hizo a desgana. Ted sintió el hormigueo que producían los hombres reconstruidos.

Con un rápido vistazo, calibró a Steel. Seguramente, sus huesos habían sido reforzados con acero, lo cual le convertía en un karateka mortal. Sus manos, bajo una capa de piel sintética, eran máquinas y, cada dedo, contenía una trampa mortal: láser, cápsulas venenosas, neutralizadores de ondas… Nadie podía imaginarse las sorpresas que se ocultarían en sus muslos, o intestinos, o espalda:

¿Pilas atómicas? ¿Bombas térmicas? ¿Circuitos de hipervelocidad?…

¡Fuera lo que fuese, no le gustaría conocerlo a sus expensas!

El segundo lacayo de Smith tampoco inspiraba confianza: extraordinariamente delgado, a pesar de la amplia túnica anaranjada que intentaba disimularlo, sólo tenía descubierto el rostro, del que sobresalían dos centelleantes y amenazadores ojos. La capucha y las mangas ocultaban cabeza y manos.

Cuando Bern le tendió la suya, el hombre retrocedió bruscamente, rehuyendo el contacto. Un segundo después, dejó al descubierto una huesuda mano y separó los dedos, colocándolos frente a Smith dejó escapar una risita de satisfacción, al ver la expresión impresionada de Bernard.

—Tranquilo, no te hará nada. Sencillamente, rechaza todo tipo de contacto físico. Se llama Navrapool y es mi asesor. Te sorprendería saber el elevado tanto por ciento de acierto en sus predicciones…, no sólo financieras.

—¿Y qué hace ahora? —Replicó desganadamente Bern—. ¿Intenta averiguar el menú de la cena?

—¡Oh, claro que no! Sólo te saluda, enviando ondas de paz a tu agitado cerebro…

—Entonces, dile que se ocupe del tuyo. Conociéndote, debe acabar de lo más agotado…

Una vez pasado el momento del primer impacto, Bern no pudo evitar que su rostro reflejase la desconfianza hacia el extraño monje que parecía haber conseguido embaucar al millonario.

—No soy un farsante —dijo suavemente Navrapool, como si hubiera podido leer los pensamientos de Bern—. Simplemente, me muevo en un plano de realidad distinto al suyo…

—Me parece bien —aceptó Bern—. Así no podrá informar a Smitty de mis secretos empresariales.

El monje no respondió, pero el fuego que anidaba en sus ojos parecía refulgir con más fuerza.

—Haces mal burlándote de él, Bernie, muchacho… —añadió Smith—. Si él quisiera, podría…

No pudo terminar. Una estentórea voz resonó cerca de ellos, mientras una ciclópea figura avanzaba en su dirección, apartando a todo el que se interponía en su paso.

—¡Bernie, muchacho! ¡Cuánto tiempo sin verte!

Bern logró apartar sus ojos de los del monje, para mirar al recién llegado: Arthur Ellington.

—Perdonadnos, chicos, pero necesito a Bern un ratito… —dijo, dirigiéndose al trío enfrentado a Bern, mientras pasaba un brazo en torno a sus hombros y le empujaba suave, pero firmemente en otra dirección.

Cuando ya se habían alejado unos cuantos pasos, Ellington borró su sonrisa, para adoptar una expresión más preocupada.

—Creí que necesitabas un rescate, muchacho…

—Sí, Art. Gracias —contestó Bern, sacudiendo la cabeza—. Creo que ese fanático estaba consiguiendo hipnotizarme…

—¿Así, sin más? —preguntó Ellington, extrañado—. Parecías un hueso más duro de roer.

—Lo soy, Arthur, pero… En fin, te invito al bar.

—¡Cielos, creí que nunca lo harías! ¡Estaba empezando a deshidratarme!

Y se dirigieron hacia el bar automático.

Bern conocía a Arthur Ellington desde hacía varios años. Era un luchador infatigable, un hombre de sesenta años capaz de comportarse como uno de veinte. Terriblemente duro en los negocios, no perdonaba una sola debilidad, un solo fallo de su competidor, pero incapaz de hacer ninguna mala jugada, ningún truco sucio para derrotar a sus contrincantes. Todo lo que tenía lo había ganado en buena lid, si es que se podía hablar de tal cosa en los negocios.

—Me gusta mucho todo esto, Bern… —comentó el anciano—. ¡Has conseguido crear un verdadero paraíso! ¡Me das envidia, mucha envidia!

—No eres el único envidioso, Art —respondió Bern, riendo—. Te apuesto lo que quieras a que la mitad de los presentes está rabiando por dentro, aunque se hayan pintado las sonrisas en la boca.

—Sí, es cierto, muchacho…, ¡muy cierto! Y creo que has cometido un error. Si de algo estabas sobrado, era de enemigos. No sé por qué intentas ganarte unos cuantos más…

—¡Vamos, Art! —protestó Bern—. Sé que no debo darle la espalda a ninguno durante mucho tiempo, pero no podía hacer otra cosa. Si no les hubiera invitado, igualmente habría salido

perjudicado. Existen ciertas convenciones que no se pueden eludir…

Apenas había dejado de hablar, Bern pensó en la chica que había encontrado hacía unos minutos.

Y la recordó con una sonrisa. Le había parecido muy agradable. Si más tarde tenía tiempo de buscarla, quizá…

Un joven se acercó a ellos, extendiéndoles la mano, abierta, francamente.

Se presentó como Horatius J. Nelly, pero no hacía falta que hubiera mencionado su nombre. Todo el mundo conocía al joven de unos 25 años, cuya fortuna procedía de la herencia que le había dejado su padre. El chico había crecido rodeado de toda clase de lujos y mimos. La única ilusión de aquel «niño mimado» era lograr lo imposible: figurar en todas las fiestas, estar rodeado de las más bellas mujeres y divertirse por todos los medios a su alcance: bebidas, drogas…

Estaba consiguiendo lo que parecía inalcanzable: dilapidar su increíble herencia en un breve espacio de tiempo.

Bern no sentía especial interés por el joven, pero si conseguía dejarle boquiabierto, toda la galaxia hablaría de la fiesta de Istambetta, el planeta de Bernard Clark. Horatius sería el perfecto embajador de la noticia, el perfecto propagador de ella.

—¿No tienes algo más… digamos, más estimulante? —preguntó el joven, guiñándole un ojo a Bern—. Los licores y la marihuana están bien para los novatos, pero…

—¿Qué te parece un poco de «polvo de galaxia»? —respondió Bern, insinuante.

—¿Tienes «polvo de galaxia»? ¡Cielos, Bern! ¡Dame un par de dosis y te juro que nunca lo olvidaré! —exclamó Horatius, enfervorizado.

—Eso espero. Te lo recordaré, cuando tengas que vender tus empresas… Disculpa, Art. Volveré.

La promesa quedó incumplida.

Las múltiples obligaciones de Bern como anfitrión, le llevaron a uno y otro lado del enorme salón, estrechando manos, repartiendo sonrisas, atendiendo peticiones y procurando contentar a todo el mundo. Por un instante, se sintió solidario con las chicas como aquella muchacha rubia que había encontrado al principio de la fiesta, y que se habían entremezclado con los invitados, discreta,

pero eficientemente.

En la gran cúpula transparente que coronaba el salón, James Alexander Herbert George Smith, flotaba rodeado por cuatro de las chicas. Todo el grupo estaba desnudo y las carnes del millonario, libres de la prisión de la gravedad, se agitaban como globos cada vez que intentaba atrapar a alguna de las ninfas que pululaban a su alrededor.

En otro de los grupos, Navrapool, el monje consejero de Smith, estaba realizando una demostración de sus poderes mentales. Bern, al recordar el pozo de sus llameantes ojos, se estremeció. El monje había conseguido dormir a una pelirroja que flotaba a un par de metros del suelo y, con un simple chasquido de sus dedos, la diminuta túnica de la chica se desintegró ante la mirada de los espectadores, que soltaron un admirativo susurro.

La pelirroja quedó desnuda, con brazos y piernas separados, balanceándose al ritmo de una brisa inexistente.

—Goza, muchacha… —gritó el monje con su voz grave y profunda—. Tú, que has procurado el placer de tantos, conoce ahora la verdadera dicha… ¡Goza, yo te lo ordeno!

La chica empezó a lanzar tenues gemidos de placer. Primero, con suavidad; después, de una forma convulsiva y ronca, agitándose cada vez más espasmódicamente, entre los aplausos de los espectadores.

Bern hizo una mueca de desagrado. Sabía que las chicas eran profesionales del placer, pero le molestaba verlas utilizadas como fieras de circo, en contra de su voluntad.

—¿Todavía está enfadado conmigo, señor Clark? —Oyó decir a sus espaldas.

Era la chica rubia que había conocido al principio de la velada.

—No, no estoy enfadado contigo —contestó Bern—. Ni lo he estado nunca. Es que… no me gustan esas cosas que hace Navrapool, eso es todo.

—Fuimos contratadas para entretener a sus invitados. Usted nos contrató y eso hacemos. ¿Qué más da que los entretengamos en la cama, o en…?

—¡Basta! —estalló Bern—. En primer lugar, yo no os contraté. Fue mi secretario particular…

—¿Importa eso mucho? —insistió la chica—. ¿O acaso no se lo

ordenó usted?

Bern inhaló todo el aire que podía caber en sus pulmones para tranquilizarse.

—Tienes razón, perdona… —admitió, al fin.

—Es curioso —dijo tímidamente la chica, bajando la vista—. Vengo para disculparme con usted por lo de antes, y es usted el que acaba disculpándose. Creo que no nos compenetramos bien…

—¿Importa eso mucho? —Contraatacó Bern, furioso sin saber exactamente el motivo.

—No, claro que no… Ahora, si me vuelve a perdonar, el señor Smith me pidió que me uniera a su grupo en la cúpula antigravedad…

—¡Espera! —gritó Bern, con más énfasis del que hubiera querido —. Soy el anfitrión, pero eso no quiere decir que me guste dormir solo. Quizá podríamos…

—Usted manda, señor Clark. Para eso paga…

—¡Maldita sea! ¿Quieres dejar de recordármelo a cada segundo?… ¿Cómo te llamas?

—Lorelei Sun —respondió la chica, sonriente.

—Está bien, Lorelei. Desde este momento, quedas nombrada ayudante personal de su excelencia Bernard Clark. Eso significa que no puedes moverte de mi lado ni un segundo…

—¿En toda la noche? —preguntó Lorelei, burlonamente.

—Bueno, yo… ¡En fin, ya veremos! Ahora, oprime aquel botón, ¿quieres?…

Ella asintió con la cabeza antes de alejarse para cumplir sus órdenes. Bern no pudo dejar de admirarle. ¡Dios, aquella chica tenía algo especial!… ¡Muy especial!

Capítulo 2

Cuando Lorelei apagó la luz de la estancia, el techo y las paredes del salón se hicieron transparentes. Los invitados que se hallaban en los distintos niveles de la sala lanzaron un grito ahogado al verse inmóviles en el aire sin nada que los sustentase, ni siquiera un mínimo sistema *antigrav*.

Con las conversaciones cortadas ante lo inesperado, Bern dio una orden a la computadora del castillo a través de su reloj. Uno de sus ingenieros había trazado unos canales de oxígeno puro en la atmósfera y, con su orden, empezaron a arder todos a la vez.

Partiendo del horizonte, unas inmensas lenguas de fuego fueron acercándose al castillo, a toda velocidad, hasta converger sobre él, como un behemot vengativo. Una vez allí, descendieron en una vertiginosa espiral hasta rodear todo el palacio, convirtiéndolo en una bola de fuego.

Cuando los atemorizados gemidos de los invitados, se encontraban en su punto álgido, el fuego empezó a apagarse lentamente. Los suspiros de alivio podían haberse oído en todo el sistema.

Inmediatamente, hacia el norte, el cielo pareció iluminarse como si el sol hubiera acelerado su recorrido y estuviera a punto de hacer su aparición.

Los invitados, más tranquilos pero excitados, se reunieron junto a las invisibles paredes.

Como si se tratase de una piedra, arrojada a un estanque

incandescente, el resplandor fue separándose en círculos concéntricos de un rojo intenso, que venía a morir frente al palacio.

El fenómeno se repitió una, y otra vez, y otra, cada vez más hacia el oeste, hasta que, en el mismo punto en que había nacido la última ola de color, empezó a desarrollarse un grupo de árboles. Ante los atónitos ojos de los invitados, el grupo de cipreses creció y creció, a razón de varios metros por segundo, hasta formar un bosque denso y compacto, que casi oscureció el sol del atardecer. Ya habían llegado a una altura de doscientos metros, cuando se iluminaron interiormente, desvaneciéndose a continuación, para dar paso a nuevas formaciones arbóreas que estallaban en fuentes de color, como en un Génesis acelerado, caótico, fuera de control.

—¿Cómo has conseguido eso, muchacho? —preguntó Arthur Ellington, maravillada.

—No ha sido fácil. Te lo aseguro. Una mezcla de fotosíntesis, fosforescencia e ingeniería vegetal.

—¡Nunca había visto algo tan hermoso! ¡Tienes que darme los detalles!

—¿No hablarás en serio? —respondió Bern, sonriendo.

—Al menos, lo he intentado, ¿no? —dijo Ellington, estallando en carcajadas.

Durante las dos horas siguientes, Istambetta fue una inagotable fuente de sorpresas: nubes de mil colores que rompían la noche, dispersándose por el firmamento; tremendas tempestades que morían sobre el castillo en forma de lluvias mansas y dulces; rayos que formaban imposibles e increíbles arabescos encima de sus cabezas; mareas de vegetación que avanzaban incontenibles hacia el salón, yendo a morir mansamente ante las paredes invisibles cuando ya los invitados retrocedían para no verse sumergidos en las verdes y vivas olas… ¡Toda una demostración de la naturaleza, domada a voluntad por el hombre y obligada a ofrecer su belleza!

En las escasas ocasiones en que Bern había desviado su mirada del formidable espectáculo, había visto el asombro y la sorpresa en los rostros de todos los presentes. Quizá mañana alguno dijera que la fiesta no había sido gran cosa…, ¡pero él estaba seguro que mentiría y que sus interlocutores notarían el leve dejo de despecho en esas palabras!

Antes de que terminase la exhibición, diminutas bandejas

flotantes fueron cruzando la estancia, deteniéndose ante los presentes. Sobre ellas, sólo se encontraba una sustancia similar a los granos de uva pelados, pero que, introducida en la boca, provocaba la más insólita y placentera explosión de sabores contra el paladar.

Lorelei Sun, de nuevo junto a Bern, preguntó:

—¿Qué es esto?

Bern dudó entre explicarle el secreto o guardárselo para él, pero terminó cediendo a la tentación de mostrarse orgulloso de su creación.

—Es un simple fruto, de tacto muy suave, impregnado con un complejo químico que activa los centros del placer más deseado por el que come.

Ella preguntó:

—¿Quieres decir que, a cada uno, le sabe de forma distinta?

—Exactamente —admitió Bern—. ¿Te gusta?

Por toda respuesta, la chica acarició sus labios con una de aquellas suaves bolitas y tras hacerla desaparecer en su boca, con un repentino impulso, se la ofreció a Bern.

Antes de fundirse en un apretado beso, Bern mordió la mitad del fruto. ¿Compartirían la misma sensación de ese modo? No lo sabía, pero deseó que fuera así.

Cuando se separaron tras varios minutos, la chica pareció despertar de un sueño y bajó la mirada, parpadeando, visiblemente desconcertada.

—¿Qué te ocurre? —indagó Bern—. ¿Es qué sólo haces ciertas cosas cuando te las ordenan?

—No, claro… —admitió Lorelei—. Es que no sé si debí…

—Si no lo hubieras hecho, te habría degollado. Recuerda, soy el amo —añadió Bern, con falso tono de dureza.

—Puedes disponer como desees de tu esclava, mi amo —dijo la chica, imitándole, antes de que ambos soltasen sendas carcajadas al unísono.

—¡Mmmm! Creo que, cuando acabe la fiesta, voy a desear unas cuantas cosas más… —prosiguió Bern.

—No creo que mi amo tenga necesidad de ordenarme nada — arguyó Lorelei—. Me parece que son las mismas que desea esta humilde esclava…

Bern presintió que se encontraba ante una de las noches más

excitantes de su vida y esperó, nerviosamente, a que el espectáculo terminase.

Habían conseguido romper el hielo y los malentendidos iniciales, lo que le hacía concebir una agradable excitación. ¿Estaría fingiendo Lorelei? ¿Buscaría únicamente contentarle?… Al fin y al cabo, ya había demostrado que era lista y había que dar por supuesto su dominio y experiencia en estas situaciones…

¡Oh, qué importaba! ¡Al diablo con tanta precaución y desconfianza! Procuraría pasárselo lo mejor posible y ojalá la chica hiciera lo mismo. Si estaba intentando engañarle, sólo se engañaría a sí misma.

Una vez el espectáculo terminó y las paredes, techo y suelos volvieron a recuperar su opacidad, los invitados prorrumpieron en un cerrado aplauso que casi hizo sonrojarse al anfitrión.

Cuando cesaron las alabanzas y felicitaciones, Bern ofreció alojamiento a quien lo desease. Pocos aceptaron y era fácil averiguar los motivos que les habían impulsado a hacerlo: Horatius J. Nelly estaba demasiado drogado para sumergirse en un viaje hiperespacial. Además, había encontrado un buen suministro de «polvo de galaxia», en Istambetta, y no estaba dispuesto a que se le escapase de las manos.

Bern tendría que ir con cuidado o lo tendría de invitado permanente.

Smith y su séquito formaban una unidad. Steel y Navrapool se quedaban por orden de su jefe, y éste, por apoderarse de algunos de los secretos que Bern les había mostrado aquella noche.

El trío podía ser muy muy peligroso.

Arthur Ellington no necesitaba excusas. Sus años eran lo suficientemente explícitos y hablaban por sí solos. Tras el viaje y las impresiones recibidas en Istambetta, necesitaba el descanso.

Bern les enseñó sus habitaciones y acompañó al resto de los invitados hasta sus naves.

Cuando la nave que había traído a las chicas partió —con considerables menos ocupantes—, Bern se volvió hacia Lorelei.

—¿Dónde habíamos quedado? —preguntó, sonriente.

Por toda respuesta, la chica se deshizo del vaporoso vestido que llevaba. A la luz de las lunas, Bern pudo ver que el cuerpo de la chica brillaba débil y húmedamente.

—Habían sobrado tantas de esas frutas, que me he untado el cuerpo con algunas de ellas —explicó, al ver la expresión de sorpresa de él.

Después, metió varias bolitas en su boca y las aplastó con su lengua contra el paladar.

Lentamente, desnudó a Bern y acarició el cuerpo del hombre con el suyo propio, mientras le ofrecía dos de los frutos.

Oleadas de placer inundaron a Bern. Tuvo la impresión de que se contraían y distendían todos y cada uno de los poros de su piel.

—He traído una de las burbujas *antigrav* —indicó ella.

Antes de que Bern pudiera reaccionar, la chica le empujó hacia una de aquellas bolitas transparentes, de unos dos metros de diámetro, en la que sus cuerpos no podían rehuir el contacto.

—Te deseo… —susurró Bern al oído de Lorelei, insensible a la belleza que les rodeaba, a la belleza que hacía pocos minutos le había parecido la máxima conquista de su vida, mientras flotaban sobre los árboles, con la delicada silueta del palacio al fondo.

—Yo, también… —replicó ella, empezando a deslizar suavemente su lengua por el cuello, los hombros, el pecho de Bern…

No tardaron en fundirse en un apretado abrazo.

Y precisamente, en aquel instante, una gigantesca explosión atronó el aire, haciendo que la burbuja *antigrav* girara locamente sobre sí misma.

—¿Qué diablos ha sido eso? —gritó Bern, intentando estabilizar el vehículo.

Cuando lo consiguió, lanzó un lastimero gemido de agonía.

El palacio, su palacio, estaba ardiendo hasta los cimientos.

Capítulo 3

Bernard Clark nunca había sentido un dolor tan intenso, tan profundo, tan real como ahora, mientras veía como sus sueños se convertían en cenizas a unos cientos de metros de él.

Aquello era el fin, pero por si lo hubiera dudado un instante, por si le habían quedado las más mínimas esperanzas, una nueva explosión vino a subrayar su pesimismo.

Desde los sótanos de lo que había sido el palacio, surgió un rugido grave, profundo, aterrador, y una lengua de fuego, escoria y cascotes se alzó en busca de las estrellas.

—El ordenador… —musitó débilmente—. Ha estallado el ordenador… ¿Cómo… cómo puede ser…?

Sintió la mano de Lorelei apoyarse en su brazo y apretarlo con una suavidad y firmeza que le sorprendieron. Se volvió hacia la chica intentando tranquilizarla, pero ella no lloraba, no gemía. No estaba asustada, ni sorprendida.

Sólo le miraba fijamente.

Bern sintió aquellos ojos penetrar en su interior, en su misma alma. Sintió que, con aquel gesto, la chica estaba intentando consolarle, infundirle ánimo, darle nuevas fuerzas.

Pasó nuevamente el brazo sobre el hombro de la chica, mientras su mano izquierda intentaba acercar la burbuja *antigrav* al palacio, antes de hacerla desaparecer.

Una bofetada de calor les azotó con rabia el rostro.

Y unos gritos llamaron su atención.

Smith y sus dos secuaces avanzaban hacia ellos. El millonario, a pesar de su gordura, corría como un poseso, señalando a Bern y gritándole:

—¡Maldito bastardo, has intentado asesinarme! ¡Has intentado librarte de mí!… ¡Lo pagarás caro, muy caro!

Bern respondió a la provocación sin apartar los ojos del guardaespaldas.

Steel parecía un muelle, listo para ser disparado en un momento u otro.

—¿Crees que iba a destrozar mi palacio por acabar con una basura como tú? —Contraatacó Bern—. ¿De verdad piensas que he edificado todo esto para inmolarlo en honor a una carroña?… ¡Empiezas a chochear, Smith!

La violencia y desprecio de las palabras de Bern, hicieron callar a su rival por un segundo.

—¡No vales ni el dinero que me costó una sola de las habitaciones! ¡No vales nada!…

¡NADA!

Steel y Navrapool se habían colocado a ambos lados del millonario, en un gesto de respaldo a su amo. O así lo había interpretado Bern, porque el monje alzó lentamente una de sus manos, hasta apoyarla en el hombro de Smith. Éste pareció relajarse en una décima de segundo, como si hubiera recibido una inyección masiva de tranquilizantes.

—Yo… Lo… lo siento… —balbuceó—. No sé lo que me ha pasado, pero comprenderás que…

Pero una idea acababa de pasar por la cabeza del dueño de Istambetta.

—¿Qué hacíais fuera del palacio? —preguntó Bern, agresivamente.

—¿Qué… qué quieres decir?

—¡Lo sabes perfectamente! ¿Qué hacíais fuera de vuestras habitaciones?

La rabia volvió a apoderarse del grueso millonario.

—Espera un momento, Bernie… ¿No creerás que nosotros tenemos algo que ver con lo que ha pasado?

—No lo creeré, siempre y cuando podáis explicarme por qué estabais fuera del palacio cuando explotó —insistió tozudamente

Bern.

—¡Muy bien, chico listo! ¡Si quieres saberlo, lo sabrás! Estábamos intentando conseguir una muestra de la estructura genética de tus malditos árboles para analizarla en nuestros laboratorios y descubrir sus secretos… ¿Satisfecho?

Bern agitó la cabeza desganadamente.

—Sí, es posible… Es muy propio de ti, intentar apropiarte de los secretos de un competidor…

—¡Mira el purista! —exclamó Smith—. ¡Cualquiera diría que no ha roto un plato en su vida! ¿Necesito recordarte quién intentó robarme mi sistema de conversión metalífero…?

—Está bien, dejémoslo así… —admitió Bern, agitando una mano, como queriendo restar importancia al asunto.

—¡No! ¡No pienso dejarlo! —Reaccionó el millonario—. Tú has tenido tus respuestas. Ahora, nos toca a nosotros… ¿Qué hacías tú fuera de palacio?…

Bern miró de reojo, inconscientemente, a Lorelei. Seguía junto a él y, por primera vez desde que se encontraron con el grupo, fue consciente de que ambos iban desnudos.

Un movimiento furtivo distrajo su atención.

Entre los árboles cercanos, ennegrecidos por el fuego, se movían un par de figuras, acercándose.

Instantes después, Horatius J. Nelly y Arthur Ellington se unían al grupo.

—He tenido suerte de estar fuera de la casa cuando estalló —dijo el anciano, a modo de saludo—. Como vi que Horatius se alejaba errante hacia el interior del bosque, fui a buscarle…

El joven asentía con la cabeza, mecánicamente.

Bern se acercó a él y pudo comprobar que los ojos del muchacho estaban vidriosos, incapaces de fijar su atención en un punto. Todavía se encontraba bajo los efectos de la droga que había ingerido aquella noche. Ni siquiera podía articular de forma coherente.

Quizá en un acceso de paroxismo provocado por la droga, había provocado…

Antes de que la atención se desviase de él, Horatius alzó su mano derecha, para que todos pudieran ver un profundo corte en el antebrazo del que manaba abundante sangre.

—Tenemos que vendarle esa mano… —apuntó Lorelei, saliendo de su prolongado mutismo.

Arthur Ellington se desprendió de su camisa y arrancó una de las mangas para confeccionar una improvisada venda.

Bern aprovechó la circunstancia para tender el resto de la prenda a la chica. Ya era suficientemente malo sentirse desnudo y vulnerable ante los demás, como para, encima, preocuparse por la desnudez de la chica.

Cuando Lorelei se hubo colocado la prenda, Bern pensó que era peor el remedio que la enfermedad. La camisa era demasiado estrecha para el busto de la chica y muy corta por su parte inferior.

El efecto era explosivo.

La desnudez podía incluso dar una apariencia de naturalidad pero, de esa forma, parecía haber intentado ser deliberadamente *sexy*.

No hay mujer más desnuda que una mujer semivestida.

Bern agitó la cabeza, intentando librarse de ciertos pensamientos bastante inadecuados a la circunstancia.

—¿Qué hacías fuera de tu habitación, Art? —preguntó lo más casualmente que pudo al anciano.

Ellington dejó de vendar el brazo herido del muchacho y clavó sus ojos en Bern. No se molestó en responder a la pregunta, sino que hizo lo habitual en él: ir al fondo del problema.

—¿Crees que yo he hecho saltar en pedazos tu palacio?

—No he dicho eso, Art… —exclamó quejosamente, Bern. No deseaba repetir la conversación que había mantenido con Smith, máxime cuando consideraba a Ellington como amigo—. Sólo estoy intentando hacerme una composición de lugar, averiguar lo que pueda…

—¿Me crees capaz de hacer algo así? —insistió el anciano, sin hacerle caso.

Bern tardó unos segundos en contestar. Demasiados para el gusto de Ellington. Cuando lo hizo, la cara del anciano mostraba un rictus de desprecio.

—No te creo capaz, Art, de veras…, ¡pero alguien lo ha hecho!

Arthur Ellington siguió mirando fijamente a Bern, hasta que éste desvió su mirada.

—Pensé que eras inteligente, muchacho… —Escupió al fin el

anciano—, pero, para moverse en un ambiente como el nuestro, hacen falta dos cosas: tener buenas ideas y saber calibrar a la gente…; ¡esto último no parece ser tu fuerte!

—¡Muy bien, Ellington! ¡Es usted muy hábil! —estalló Bern, hastiado de la situación—. No sólo no responde a mi pregunta, sino que ha convertido esta conversación en una acusación contra mí… ¡Hasta siento ganas de pedirle perdón! Pero me aguantaré y volveré a preguntar: ¿Qué hacía fuera del palacio?…

—He tenido suerte de estar fuera de la casa cuando estalló —dijo el anciano, a modo de saludo.

Ellington ni siquiera parpadeó.

—Había salido a pasear. Istambetta lo merece, ¿no?

—¡Invéntate otra excusa, Ellington! Ésa no cuela —intercedió Smith—. Estabas completamente agotado cuando te retiraste. Todos sabemos que tu médico te ha recomendado no hacer dos saltos hiperespaciales en el mismo día, las mujeres sólo te preocupan como elemento decorativo, ni siquiera fumas o bebes…: ¡mantienes tu fama llenando de agua esos enormes vasos que finges vaciar de un trago! ¡Confiesa que tenías otras intenciones!

—Estaba hablando con Bernard Clark —masculló el anciano, sin mirar siquiera al grueso millonario—. Él me ha hecho una pregunta y yo se la he contestado. ¿Algo más?

Bern negó con la cabeza. La situación era lo suficientemente tensa como para seguir añadiendo leña al fuego.

—Entonces… —prosiguió Ellington—, es el momento de ser práctico, en lugar de malgastar fuerzas tirándonos a degüello: ¿Cómo vamos a salir de aquí? ¿O vendrá alguien a buscarnos? ¿Podremos resistir el tiempo necesario en este paraíso asesino?

El silencio se enseñoreó del grupo, mientras las miradas se cruzaban rápidamente de uno a otro.

Nadie quería hablar, nadie quería descubrir sus cartas…, ¡en caso de que las tuvieran!

Bern decidió tomar la iniciativa.

—Por lo que a mí respecta, nadie va a venir a buscarme… Al menos a corto plazo. Mi secretario, Thomas Hull —todos le conocéis, creo—, se encarga de mis negocios durante mi ausencia y le advertí que podía ser prolongada. Quería disfrutar a solas de Istambetta una temporada…

—¿A solas? —preguntó Smith burlonamente, clavando su mirada en Lorelei.

La chica, nerviosa, estiró su camisa, consiguiendo únicamente que sus senos estuvieran a punto de escapar por el escote. Lo cerró rápidamente, pero los faldones subieron hasta su cintura. Por fin, exasperada, soltó un bufido y se apartó unos pasos.

—Muy ocurrente, Smith —dijo Bern con una mueca—. ¿También lo has sido al venir aquí?

El millonario se sonrojó, antes de responder.

—Bueno, yo… Tampoco… tampoco vendrá nadie a por nosotros. Habíamos pensado partir mañana, pero… Bueno, queríamos tomar tierra en el hemisferio opuesto para… para estudiar tus hallazgos con tranquilidad. Como no quería que detectases nuestra presencia, di orden de que no me llamaran… ¡No nos echarán a faltar en muchos días!

Arthur Ellington tomó la palabra:

—Como parecéis saber tantas cosas de mí, es casi inútil que hable. Hace tiempo que no estoy al frente de mis propias empresas. Apenas entro en contacto con la oficina central unas pocas veces al año. El resto del tiempo lo empleo en viajar solo. Nadie se extrañará si no doy señales de vida en unos cuantos meses…

Bern se volvió hacia Lorelei. Era más un detalle hacia la muchacha, que una verdadera esperanza.

Lorelei negó con la cabeza, sin decir una sola palabra. ¿Quién iba a preocuparse por ella? Si no aparecía, ni siquiera la buscarían. Se limitarían a contratar una sustituta entre las miles de peticiones acumuladas.

Horatius J. Nelly no estaba en condiciones de responder, pero tampoco hacía falta. Todos sabían que el día que el chico desapareciera un buen puñado de familiares se lanzarían sobre las migajas de la herencia, como buitres sobre la carroña.

Bern suspiró hondamente, antes de hablar.

—El palacio era la morada principal de Istambetta…, ¡pero no la única! Tenía previsto instalar varios refugios, con hangar y naves incluidos, pero, de momento, sólo hay uno terminado…

—¿Hay una nave? ¿Radio, quizá?… —intervino ansiosamente, Smith.

—Ambas cosas, más comida, ropa y todo lo que podamos

necesitar…

—Entonces, ¿a qué esperamos? ¡Vamos allí! —exclamó exultante el millonario—. ¿Dónde está?

—Sólo yo lo sé y no pienso decirlo —admitió Bern—. Os conduciré hasta el refugio, pero…

—¡Esto es ridículo!

Bern señaló hacia los humeantes restos de su palacio.

—¡Pero eso no lo es! Alguien ha querido volarme en pedazos y, mientras no se demuestre lo contrario, ha podido ser uno de vosotros. Prefiero guardarme ese as en la manga… ¡No quiero «perderme» por el camino! ¿De acuerdo todos?

—No, pero tú tienes la sartén por el mango —adujo Ellington—. Así que no tengo otro remedio que aceptar tu propuesta. Personalmente, desconfío de ti. ¿Quién me dice que no pretendiste eliminar a tus peores rivales de un plumazo?

Bern frunció el ceño, pero calló. Siempre habían procurado jugar limpio entre ambos, mantener ciertas reglas. Ahora, el anciano se sentía herido por la inicial desconfianza de su anfitrión. A menos, claro, que estuviera disimulando…

—¿Smith? —Prosiguió Bern.

—¿Tengo otra salida? —Contraatacó el millonario.

—¿Lorelei?

—¿Por qué le pides su opinión a esa fulana? —Cortó bruscamente Smith—. Lo que decidamos los demás tendrá que aceptarlo… ¡No pienso depender de lo que diga una prostitu…!

Bern se giró rabioso hacia él y descargó toda la rabia acumulada en un furioso puñetazo, que hizo salir despedido al grueso millonario.

Antes de que recuperase el equilibrio, sintió un agudo dolor en el costado y cayó al suelo.

Varios segundos después, se encontró en el suelo, tendido boca arriba. Una de las rodillas de Steel le bloqueaba el brazo derecho y el izquierdo estaba sujeto por la garra del asesino. La mano derecha de Steel, con los dedos índice y corazón a escasos centímetros de sus ojos, le amenazaba directamente.

—¡Steel, no! ¡Le necesitamos vivo! —oyó gritar a su espalda. La voz pertenecía a Smith.

El asesino no había variado en ningún momento la expresión de

su rostro. Ningún rictus, ninguna emoción había atravesado sus facciones. Igual podía haber estado disfrutando de los mejores manjares del universo, como asesinando a un recién nacido. Steel era una máquina de matar y, en ocasiones, la victoria dependía de que el enemigo pudiera detectar sus intenciones o su estado de ánimo…, ¡y no estaba dispuesto a conceder semejante ventaja!

Obedeciendo la voz de su amo, Steel se incorporó sin apartar sus ojos de Bern, esperando cualquier reacción agresiva por parte de éste. Inútilmente. El dueño de Istambetta no era lo suficientemente loco como para suicidarse, intentando derrotar al otro.

—¿Y bien? —intervino Ellington—. Estábamos hablando de nuestra vía de escape…

—Tendremos que caminar varios días —empezó Bern—. Depende del ritmo que consigamos. Quizá tres, o cuatro… Y no conseguiremos más comida que la que podamos rescatar de las ruinas. Los árboles han sido plantados demasiado recientemente como para que contemos con sus frutos. ¿Es eso lo que queríais saber?

—No todo —dijo el anciano—. ¿Cuántas personas caben en la nave?… ¿Habrá espacio para todos? Bern tardó unos segundos en contestar.

—Claro que sí…

—Somos siete personas —recalcó Ellington, consciente de las dudas de Bern—. ¿Seguro que habrá espacio para todos?

—¿Acaso lo dudas? —preguntó Bern, molesto.

—¿Por qué no?… ¿No has dudado tú de nosotros?

—Tengo motivos, ¿no?

—Exactamente, los mismos que yo. Para ti, cualquiera de los otros podemos ser culpables. Para mí, sucede igual… ¡Y entre «los otros» estás incluido tú!

Bern resopló cansinamente. No tenía ganas de volver sobre la misma discusión. Estaba completamente agotado.

—Además… —insistió Ellington—. Si te ocurriese algo los demás nos quedaríamos atrapados en Istambetta sin posibilidad de escapar…

—Eso tiene fácil solución —admitió Bern—. Sólo tenéis que cuidarme tan delicadamente como un bebé, en lugar de intentar sacarme las entrañas. Si yo desapareciera y Vosotros salieseis de

Istambetta, perderíais un peligroso competidor… ¡No pienso daros esa satisfacción!

—¡Eso es muy sucio, muchacho! —escupió el anciano—. Me has ofendido dos veces el mismo día…; ¡demasiado!

Ambos permanecieron unos segundos mirándose a los ojos, preparados para abalanzarse el uno sobre el otro.

Finalmente, intervino Lorelei:

—Mañana nos espera un día muy duro. Sería…, sería mejor que nos fuésemos a dormir…

Aquello aplacó la tensión.

Poco después, estaban tendidos sobre la mullida hierba, intentando conciliar el sueño, sin dejar de lanzarse recelosas miradas.

Bern no pudo evitar observar la burlona mirada de Navrapool, el monje de las facultades mentales.

No había dicho ni una palabra. Se había mantenido al margen de las discusiones y brotes de violencia, como si aquello no fuera con él, como si tuviese un propósito propio y definido. ¿Acaso estaría actuando por su cuenta, escudado tras su aparente servicio a Smith?

Mal que bien, se establecería una tregua tácita hasta que llegasen a la nave. Una vez allí, cuando averiguasen la verdad, podía estallar una lucha salvaje, brutal, a muerte…

En fin, ya se preocuparía de eso cuando llegase el momento oportuno. Lo que Bern no podía saber, era que, esa lucha, estaba mucho más cercana de lo que se imaginaba.

Capítulo 4

Por fortuna, el clima de Istambetta era lo suficientemente suave como para poder dormir al raso 3sin mayores complicaciones.

Cuando Bernard Clark abrió los ojos, se dio cuenta de que era el primero en despertar.

Procurando no despertar a los demás, se incorporó y se acercó a las humeantes ruinas de su palacio en busca de todo lo que fuese de utilidad.

Apenas había dado dos pasos, Lorelei Sun se colocó junto a él:

—Prefiero no quedarme sola con ellos… —dijo a modo de saludo.

Él susurró:

—Está bien, acompáñame. Tenemos que…

—¿A dónde creéis que vais? —exclamó una voz, con toda la potencia de que fue capaz.

Era Smith, que se incorporaba rápidamente. El pánico y la rabia pugnaban por dominar la expresión de su rostro.

—Sólo a buscar provisiones… —explicó Bern, con toda tranquilidad.

—¡Oh, claro! ¿Esperas que nos lo creamos?

—Me importa un comino lo que creáis…

—¡Iremos con vosotros! —cortó el millonario.

Steel y Navrapool se situaron rápidamente a su lado, mientras Arthur Ellington ayudaba a Horatius a incorporarse.

El joven presentaba aquella mañana muy mal aspecto. Su rostro aparecía extremadamente pálido, sus labios tenían un feo color

morado y sus ojos volvían a estar dilatados. De vez en cuando, una convulsión espasmódica sacudía su cuerpo.

—Pronto necesitará otra dosis… —apuntó Arthur Ellington, mirando a los demás.

Nadie respondió.

—Si no conseguimos calmarle como sea, el chico puede resultar un grave problema en nuestra expedición —añadió el anciano.

—¡Oh, no hay por qué preocuparse! —interrumpió Smith, sonriente—. Si se vuelve una carga demasiado pesada, Steel se encargará de él…

—¡Eres un cerdo sangriento! —masculló Bern con rabia.

El grueso millonario estalló en carcajadas.

—¿En qué diablos estás pensando? Steel es fuerte, tú mismo has podido comprobarlo. Si es necesario, puede cargar con Horatius… ¡Me refería a eso! ¡Nada más!

Bern no quiso contestar. Sabía muy bien que Smith había querido dar a entender otra cosa, pero no valía la pena malgastar saliva para hacerle rectificar.

—No perdamos más tiempo charlando. Art, quédate con Horatius y haz lo que puedas. Los demás, buscaremos provisiones. Si no me equivoco, el almacén y la despensa estaban por allí…

No podían profundizar demasiado en los escombros a manos desnudas, pero, de vez en cuando, localizaban alguna lata de comida o un paquete de alimento deshidratado, que era celosamente guardado.

Bern encontró un tesoro aún más preciado que las provisiones: varias botas bastante bien conservadas. No ganarían ningún premio de elegancia, pero Lorelei y él no tendrían que destrozarse los pies con la marcha.

Mientras se estaba poniendo su par, la mirada de Bern erró entre los saqueadores del palacio. Arthur Ellington, en lugar de quedarse con el chico, se había unido al grupo y, antes de recoger algo que solamente él podía ver, dirigió una rápida mirada de soslayo. Creyendo que nadie le veía, guardó su botín dentro de la camisa.

¡Bern creyó distinguir fugazmente la silueta de un láser!

¡Ya eran dos las personas armadas en el grupo y ninguna parecía estar de su parte!

Por un lado, Steel. Ahora, Ellington. Si quería tener las mínimas

posibilidades de supervivencia, tenía que igualar las posiciones.

Se apartó ligeramente del grupo y se dirigió a los restos de la parte trasera del derruido palacio. En sus habitaciones privadas, recordaba haber guardado un láser y un impactador mental. Tardó casi media hora en localizar ambas cosas, pero, una vez recuperadas, creyó que había valido la pena. Guardó su tesoro en un zurrón, improvisado con parte de un cortinaje.

Cuando se dirigió hacia el grupo, respiró aliviado al ver que nadie le había echado en falta. Todos parecían muy ocupados en la búsqueda. O casi todos. Steel, por primera vez desde que le conocía, dejaba que sus sentimientos se reflejasen en el rostro. Frente al asesino, Lorelei estaba agachada sobre los cascotes, dándole la espalda.

Los ojos de Steel estaban como hipnotizados en las nalgas de la chica y en la leve sombra rubia que aparecía y desaparecía entre sus glúteos. Ajena a la atención que estaba despertando, Lorelei no se preocupaba de adoptar posturas más o menos recatadas.

El deseo hervía en la mirada del guardaespaldas de Smith. Incorporándose, dio un paso hacia la chica y…

Bern, tras él, tosió discretamente para señalar su presencia. Steel se paralizó y volvió su cabeza, lentamente, hacia el propietario de Istambetta. Su rostro había vuelto a convertirse en una máscara inexpresiva, pero sus ojos se clavaron en Bern, más ardientes que un disparo de láser a quemarropa.

—Creo que ya hemos recogido suficiente comida para el viaje —apuntó, en un intento conciliador—. Reunámoslo todo y repartiremos los bultos equitativamente.

Smith no perdió oportunidad para sembrar cizaña.

—¿Quieres decir que ese inútil de Horatius J. Nell, va a comer parte de lo que yo he cogido?… ¡No puedes hablar en serio! ¡Mientras yo trabajaba, él estaba cómodamente sentado, descansando despreocupado!

—Hablo muy en serio, Smitty —reafirmó Bern—. Además, resultaría muy divertido descubrir esta noche, cuando nos encontremos a varias millas de aquí, que hemos recuperado medía docena de kilos de sal, uno de pimienta y dos de *schloford*.

Y volcó todo el contenido de su zurrón sobre el suelo.

Alzando la cabeza desafiante, sacó su láser, arrojándolo un poco

más allá.

—También sería muy útil saber el número de armas de que disponemos… —añadió firmemente.

Gracias a aquel golpe de efecto, podía averiguar su situación frente a los demás, manteniendo oculto el impactador mental. No era una actitud especialmente caballerosa, pero pensaba dar a sus contrincantes las menores ventajas posibles.

Arthur Ellington fue el primero en moverse. Depositó la comida junto a la de Bern y, tras una ligera vacilación, tiró la pistola láser que había encontrado.

Lorelei fue la segunda y Navrapool el tercero. Bern parpadeó atónito ante los paquetes que parecieron desprenderse de las mangas del monje. ¡Tendría que haber visto los bultos en la ropa! ¿O acaso eran un sucedáneo del mítico cuerno de la abundancia?… Ninguno de los dos, añadió nada en el armamento.

Smith tiró malhumoradamente la comida al fondo común y aguantó la mirada de Bern, mientras exclamaba:

—Yo no tengo armas que aportar.

Si hubiera confesado que guardaba un arsenal completo, no habría encontrado un medio más explícito.

Steel depositó su cargamento cuidadosamente junto a los demás y, señalando los lásers, dijo:

—¿Qué hago? ¿Me tumbo encima de las pistolas?… ¡Todo yo soy un arma!

Bern no pudo reprimir una sonrisa. Nunca hubiera imaginado tal rasgo de ingenio en el asesino.

—No hace falta… —comentó—. Además, todos sabemos quién es tu dueño. ¡No creo que te permita ser propiedad común!

En pocos minutos habían hecho recuento de las provisiones y repartido los bultos equitativamente. Bern y Ellington se quedaron las armas sin que mediase ninguna protesta de los demás. Navrapool ni siquiera había querido entrar en el reparto. Smith, se limitó a apoyar plácidamente su mano sobre el hombro de su guardaespaldas.

—Nosotros dos… —empezó a explicar Ellington, dirigiéndose a Bern—, deberíamos ir abriendo y cerrando la marcha, pues tenemos las armas. Steel que ocupe la posición intermedia para poder reforzar a uno u otro, según la ocasión lo requiera. ¿Qué te parece?

—Absurdo —respondió Bern—. Istambetta carece de vida animal, a no ser microscópica. Y aún esta dista mucho de ser una amenaza.

—También era un paraíso, muchacho… —sonrió el anciano—, y por poco nos cuesta la vicia. Si alguien consiguió colocar un par de bombas en tu sofisticado palacio, ¿quién sabe lo que habrá podido soltar en esas selvas?…

Inconscientemente, las miradas de todo el grupo convergieron hacia la tupida vegetación que rodeaba el área palaciega. Recordaba, en parte, las selvas prehistóricas que, según los libros de historia, habían cubierto la Tierra muchos siglos atrás.

Desde la montaña en que se encontraban, los árboles parecían una muralla infranqueable. Sus ramas se entremezclaban abigarradas; las lianas colgaban lúgubremente de las copas; las raíces sobresalían del suelo, como si se esforzasen titánicamente para que su propietario pudiese andar, desplazarse…

La marcha no iba a ser fácil. No existía ningún peligro, en teoría, pero la expedición iba a ser mucho más que un simple y agradable paseo.

Bern encabezó la marcha, avanzando decididamente. Sabía que Ellington no era un hombre en su plenitud física y que Horatius J. Nelly no soportaría grandes esfuerzos, pero siempre habría tiempo de ralentizar la marcha y descansar. Ahora que se encontraban frescos, tenían que aprovecharlo.

Con frecuencia volvía la vista atrás. No tanto por los dos miembros más débiles, sino por la certitud de llevar a Steel pegado a su espalda. Quizá no tenía motivo, pero cada vez que sentía un cosquilleo en su nuca, apostaba a que el asesino le estaba mirando.

A la media hora de marcha, el calor y la humedad que desprendía la vegetación hicieron que sus cuerpos estuvieran empapados de sudor. La desnudez bajo la camisa que llevaba Lorelei era más que evidente. ¡Demasiado evidente! Bern imaginó mil y una formas de evitar aquella incómoda situación, pero las rechazó sistemáticamente. Estaba seguro de que si sólo hubiera encontrado un saco de patatas para vestirse, Lorelei lo hubiera impuesto en toda la galaxia, como la prenda más «chic» y favorecedora que jamás pudiese llevar una mujer. Las sinuosas formas que el día anterior le habían encandilado ahora le parecían

una maldición. ¿Por qué tenía la camisa que marcar tan evidentemente sus caderas? ¿Por qué llegaba la prenda tan justamente a una altura tentadora? Un paso y asomaba la redondez de… Otro paso y desaparecía como por arte de magia. Un saltito y la breve y fugaz visión de… tapada al instante, como una tortura enloquecedora. ¡Se estaba volviendo loco!

Por si faltaba poco, había reparado varias veces en la mirada que Steel clavaba en la chica. No tenía sentido hablarle, pues eso implicaría que los demás quedasen al tanto de sus preocupaciones, pero había intentado fundirle, aplastarle, taladrarle con sus ojos más de una vez. Finalmente, había desistido. En una de las ocasiones en que había desviado su vista de Lorelei, para buscar al asesino, éste le estaba contemplando burlón y a punto de soltar una carcajada, ¡sabía que, en esos momentos, no se habría diferenciado demasiado de Steel!

Repentinamente, Lorelei se abofeteó el cuello.

—¿Qué sucede? —preguntó Bern.

Ella exclamó:

—Creo que me ha picado un mosquito…

—¡Imposible! Ya os dije que no hay insectos en Istambetta.

Cuando la chica retiró la mano de su cuello, una gota apareció entre sus dedos, en medio del cuerpecillo machacado de algo que podía recordar un escarabajo.

—Entonces, ¿esto qué es?… —preguntó Lorelei, frunciendo el ceño.

—Pero… ¡No puede ser! ¡No puede ser! —repitió Bern, atónito—. Eso significa que…

No pudo terminar la frase.

Un grito agónico estalló tras él.

Capítulo 5

Cogiendo a la chica por el brazo, Bern retrocedió apresuradamente hacia donde se encontraba el resto del grupo.

Los cinco miembros de la expedición, estaban agrupados formando una piña, con Horatius en el centro, gritando histéricamente. Nada parecía ocurrir, nada parecía amenazarlos, nada extraño estaba a la vista, a no ser…

Unas manchas translúcidas, gelatinosas, informes, únicamente visibles cuando se movían, parecían rodearles. Lenta, parsimoniosa pero tenazmente, iban estrechando el cerco, dejando tras de sí un rastro de baba pringosa, fétida, brillante, incolora.

A cada movimiento de los hombres aquellas cosas correspondían con una velocidad fulgurante, lanzando zarcillos, tentáculos, quizás extremidades, intentando interceptarles, cortarles la evasión. Segundos después, con la misma desesperante lentitud, el cuerpo se unía al tentáculo —¿o era al revés?— y la bestia volvía al acecho.

No tenían ojos u orejas —al menos, no eran visibles—, pero sí boca. Una boca espantosa, semicircular, erizada de varias filas de enormes dientes, tan grandes como los dedos de una mano, pero infinitamente más puntiagudos, más afilados, más temibles.

—¿Estáis bien? —Gritó Bern a los demás.

—Sólo muertos de miedo —respondió Ellington, tratando de bromear.

Nadie había hecho fuego todavía. No sabía exactamente la capacidad de respuesta de Steel, pero era indudable que el anciano procuraba no malgastar las cargas de su láser.

Bern apuntó con su arma a uno de los seres más alejados del grupo de humanos. Esperó hasta que las temibles fauces hicieron su aparición y un concentrado rayo de fuego se perdió en ellas.

La cosa retrocedió espasmódicamente, en medio de un horrísono gemido que les hizo estremecer, hasta estrellarse blandamente contra el tronco de un árbol próximo.

El choque dejó oír un extraño sonido, como el de una bolsa de agua estrellándose contra un pavimento.

Bern observó detenidamente al ser, hasta que se quedó quieto, conteniendo la respiración.

No sucedió nada de lo que esperaban. Aquella cosa reemprendió el avance hacia el grupo de humanos…, ¡a mayor velocidad que sus congéneres!

¡Aquel ser era inmune al arma más poderosa de toda la galaxia!

—¡Maldita sea! —escupió Steel—. Parece que esa descarga sólo ha conseguido abrirle el apetito…

Efectivamente, la masa bulbosa se movía más rápida y fluida, chasqueando sin cesar sus mandíbulas, emitiendo aquellos sonidos infrahumanos que casi les perforaban los tímpanos.

Bern volvió a apuntar su láser contra el animal.

—¡No, muchacho! —gritó Ellington—. ¡No lo hagas! ¡Es peor!

No le hizo caso. Ajustó la intensidad al máximo y volvió a apretar el gatillo.

El rayo volvió a incidir en las fauces de la cosa, pero, esta vez, ni siquiera retrocedió.

—Es muy amable de tu parte fortalecer esas bestias, muchacho —ironizó el anciano—. Pero por nosotros no te molestes…, ¡de verdad!

Bern no se atrevió a mirarle. Sabía que sólo trataba de luchar contra la desesperación, pero se sintió culpable.

Entretanto, aquellas cosas habían cerrado el círculo, No podían sortearlas y su cuerpo —¿cuerpo?— era demasiado ancho para saltar por encima de él, aun suponiendo que pudieran elevarse lo suficiente como para no ser atrapados por alguno de los tentáculos. Quizás Steel pudiese conseguirlo. Navrapool era un enigma. Pero ni Smith, ni Ellington, y mucho menos Horatius, lo lograrían.

—¿Qué podemos hacer? ¿Qué podemos hacer? —repetía Bern, insistente, impotente.

Steel no lo pensó más. Tomando impulso, se lanzó hacia el animal más próximo. Dio un brillante salto con la pierna izquierda extendida como si fuera una lanza, con todos los músculos de su cuerpo en tensión, con toda su energía concentrada en aquel pie.

Impacto con el cuerpo de una de las cosas y la pierna del asesino se clavó en él sin ninguna dificultad, como si la hubiera introducido en una bañera de agua. Había escogido el lugar más alejado que había podido de las fauces, pero éstas empezaron a acercarse a Steel como si fueran móviles.

El asesino intentó patalear desesperado, pero era imposible arrancar su pierna del cuerpo del animal. Las mandíbulas se acercaban más y más. Los demás miraban sobrecogidos, incapaces de reaccionar ante el horror que se desarrollaba ante sus ojos.

Por fin, braceando, Steel consiguió agarrarse al extremo de una de las lianas. Poniendo a prueba sus músculos, intentó ascender por ella haciendo rechinar los dientes, gruñendo ásperamente, y llenando su rostro de gruesas gotas de sudor.

Con un desagradable ruido de succión, la pierna del asesino quedó libre. Pero sólo un instante. De inmediato surgieron varios tentáculos del cuerpo de la bestia que se enroscaron posesivamente en torno a ella, empezando a arrastrarle hacia abajo.

La boca de la cosa estaba inmóvil bajo la pierna de Steel, en posición, esperando recibir su alimento.

Los dientes chasqueaban furiosos, impacientes.

Del fondo de aquel pozo abominable escapaban gorgoteos siniestros, ávidos, mientras sentía cada vez más cerca su presa.

En uno de los convulsos movimientos de Steel por escapar de los tentáculos, su bolsa de víveres resbaló, yendo a caer sobre la masa amorfa de su captor. Inmediatamente, como por arte de magia, los tentáculos desaparecieron, absorbidos por el cuerpo de la cosa y la boca se movió nuevamente, esta vez hacia los víveres.

Ante los atónitos ojos de los espectadores humanos, la cosa realizó un patético remedo de masticación, mientras aparecía un resplandor rojizo entre sus mandíbulas.

Todos contenían la respiración. Todos, menos Horatius J. Nelly que seguía dando gritos histéricos, arañándose el rostro y arrancándose mechones enteros de cabello, con la cara desencajada por el terror.

Steel no había perdido tiempo en ascender por la liana y, a varios metros de altura, contemplaba también la escena. Por segunda vez desde que Bern le había conocido, mostraba sus sentimientos, pero esta vez no podía reprochárselo. No podía reprocharle el asco que parecía palpable en su expresión.

La bestia seguía masticando las latas metálicas y el resplandor aumentaba incesantemente. Dos más se habían acercado a ella, empujando sus bordes, casi fundiéndose con ella, expectantes, ávidas.

De entre las fauces del monstruo empezó a surgir un líquido rojizo que parecía arder. Las gotas ígneas fueron atrapadas rápidamente por una multitud de tentáculos, lanzados por sus compañeros. Poco a poco, el resplandor decreció.

—¡Ha fundido el metal de las latas! —exclamó el anciano Ellington—. ¡Las ha derretido antes de digerirlas!… ¡Santo cielo! ¿Qué horror es éste?

No había tiempo para pensarlo. Una vez el resplandor se extinguió, las tres cosas volvieron a desplegarse para cerrar de nuevo el círculo, aumentando el nivel de sus aullidos. Habían probado una muestra de la comida que les esperaba. Sabían que era deliciosa, nutritiva para ellos… ¡El ansia les dominaba!

Horatius J. Nelly no pudo resistir más.

De un manotazo apartó al anciano y corrió desesperadamente hacia Bern y Lorelei, por el hueco que las cosas habían dejado y que ahora volvían a cerrar.

Por un momento, pareció que lo conseguiría. Se movía con la rapidez y la energía de la desesperación, pero la cosa lanzó varios tentáculos para formar una barrera que le impidiese el paso.

En el último segundo, Horatius saltó, intentando pasar por encima del cuerpo del animal, y su pie apenas tocó el borde de la cosa.

Lo suficiente para resbalar.

Arañando el suelo, lanzando gritos de locura, el joven intentó correr con la alegría fijada en su semblante.

No pudo.

Su pie estaba rodeado de tentáculos que le atraían inmisericordiosamente y la boca ya estaba prácticamente colocada en posición.

Como una broma macabra, los tentáculos ascendieron elevando el cuerpo del joven del suelo, mientras se debatía incontroladamente, antes de dejarlo caer en las abiertas fauces.

El proceso fue similar a la vez anterior. La única diferencia, la gran diferencia, estaba marcada por el cuerpo de Horatius J. Nelly cuyo grito de agonía pareció resonar en todo el planeta. Cuando las fauces de la cosa comenzaron a resplandecer, lo que quedaba del cuerpo del chico resbaló por la masa gelatinosa, inerte, sin vida.

—¡Sólo quieren el metal! —gritó Bern.

—Veremos que tal les sienta mi cronómetro especial… —añadió Ellington, mientras se desprendía febrilmente del reloj que llevaba en la muñeca.

Manipuló sus mandos unos segundos y lo arrojó a unos metros de distancia. Las cosas empezaron a deslizarse hacia él, abriendo el círculo.

Aprovechando aquel momento, Steel se dejó caer hasta el suelo y rodó sobre sí mismo hasta unirse a los demás. Bern recordó que los huesos del asesino habían sido reforzados con acero. No era de extrañar que hubiera tenido que luchar tenazmente por su vida. A los ojos de las bestias debía resultar un bocado de lo más apetitoso.

Varios tentáculos lucharon por apoderarse del reloj del anciano, hasta que prevaleció la bestia más fuerte. Las demás, se apretujaron contra su compañera, esperando recoger las migajas que escapasen de sus mandíbulas.

Ya empezaba a surgir el resplandor rojizo, cuando estalló.

Una oleada de luz y calor se expandió por la selva, destrozando a la cosa en mil pedazos y haciendo retorcerse de dolor a las que se encontraban más cercanas.

Bern y Smith arrojaron sus relojes al unísono, en direcciones opuestas. Las cosas supervivientes se dividieron en dos bandos, como las aguas de un mar embravecido, en busca su alimento, mientras los seres humanos se lanzaban por el camino abierto a su salvación.

—¡Vámonos de aquí! —gritó Bern—. No hace falta esperar a ver como estallan.

Unos minutos después escucharon las explosiones tras ellos. Quizá no todas las bestias habían muerto, pero lograrían el suficiente adelanto como para que no resultasen peligrosas. Eran

mucho más lentas que los humanos, lo cual abría una serie de interesantes incógnitas.

Alguien había llevado a aquellos nauseabundos seres hasta Istambetta, de eso no había duda. Eran unos organismos demasiado sofisticados para haberse desarrollado por generación espontánea en tan poco tiempo. Y ese alguien… ¡las había colocado cerca de la ruta hacia la nave! Era imposible pensar que las hubieran «sembrado» por todo el planeta, confiando que tarde o temprano fueran atraídas por el metal del palacio o algún ocasional paseante.

¿Cuántas trampas más les esperaban, antes de alcanzar su medio de escape? Sólo el cielo y el autor de ellas podían saberlo.

Sintió la mano de Lorelei unirse a la suya.

—¿Preocupado? —preguntó la chica.

—No seas ridícula. ¿Acaso no lo estás tú?

La mano aflojó su presión, mientras la chica bajaba los ojos, avergonzada y resentida.

Murmuró:

—Perdona, sólo pretendía…

—Lo sé, lo sé. Tú eres quien tiene que perdonarme —concedió Bern, sujetando su mano para que no se soltase—. Estoy tan nervioso y confundido que ya no sé ni lo que digo…

—¿Te preocupan esas «cosas» que hemos dejado atrás?

—No. No creo que puedan darnos alcance, aunque nos detengamos para comer o dormir. Quizá haya más por delante, pero me preocupa mucho más el que las puso ahí…

—¿Quién crees que pudo haber sido? —preguntó la chica, lanzando una mirada sobre su hombro, hacia atrás, para ver si alguno de los otros podía oírles.

—¡No lo sé y eso es lo que me desespera! En primer lugar, es demasiada casualidad que todos estuviéramos fuera del palacio cuando estalló. Algunos… —Y miró sonriente hacia Lorelei— podíamos encontrarnos fuera por una circunstancia u otra, pero no todos a la vez…, ¡no me lo creo! Y, sea quien sea el responsable de todo lo que ha pasado, es muy previsor. Por si fallaba la explosión del palacio, trajo esas cosas devoradoras y habrá preparado otras trampas…

—No ha podido ser Steel —apuntó la chica—. Era la víctima más deseada por esos seres…

—Pero eso no excluye a Smith. No le importaría librarse de su asesino, si conseguía desviar las sospechas de su persona. Puede contratar a cien como él…

—¡Si logra salir vivo de aquí! Corre los mismos riesgos que los demás.

—Sí, pero él sabe las trampas y peligros que nos esperan. Y, evidentemente, la forma de…

Bern calló bruscamente.

De repente, tuvo la impresión de que todas las piezas del rompecabezas se habían ordenado, formando un nombre. El nombre de Arthur Ellington.

—¿Qué te pasa, Bern? ¿Por qué has callado de golpe?

El chico la miró sin responder. Estaba seguro, completamente seguro de la culpabilidad del anciano, pero carecía de pruebas y era inútil hacer a Lorelei partícipe de sus deducciones. Podía traicionarse en el momento menos pensado.

—Nada, no es nada… Una idea loca que me ha pasado por la cabeza… ¡En fin, lo mejor será olvidarla y esperar a los demás! Es peligroso avanzar en solitario, sobre todo, sabiendo que en cualquier momento nos podemos encontrar con una sorpresa…, ¡y seguro que desagradable!

Se detuvieron hasta que Ellington, Smith, Navrapool y Steel les dieron alcance. Después, durante el resto del día, continuaron la marcha en grupo.

Bern procuraba siempre estar cerca de Ellington, atento a cualquier detalle, cualquier gesto de tensión, cualquier señal de que la muerte caminaba junto a él.

Capítulo 6

Durante el día sólo se detuvieron una hora para comer y descansar, justo cuando más apretaba el calor.

Desaparecido Horatius J. Nelly, el ritmo del grupo había aumentado notablemente. Todos parecían estar dominados por la tensión ante lo desconocido; todos parecían apretar el paso instintivamente, seguros de que cuanto antes llegasen a la nave del amo de Istambetta, antes podrían respirar tranquilos, sanos y salvos. Todos…, ¡menos el asesino, naturalmente!

Arthur Ellington parecía estar en plenitud de facultades. Smith mantenía una pugna orgullosa e incruenta con Bern, decidido a no dejarse vencer por él. Steel se movía como un tigre, flexible e incansable, como si nada pudiera hacerle mella. Incluso Navrapool soportaba la dura marcha sin problemas. Bern estaba a punto de creer todas aquellas patrañas que el mental comentaba sobre sí mismo: la energía que extraía de la concentración; la coordinación de sus músculos que gastaban la mínima potencia posible… Sólo Lorelei se movía con mayor dificultad a cada segundo que pasaba. Bern la ayudaba cuanto podía, animándola, empujándola, tirando de ella, pero todo era en vano. Aunque no hubiera desfallecido, el cansancio dejaba sus huellas en el rostro de la chica.

Al anochecer, hicieron algunos fuegos con sus lásers, en torno al improvisado campamento.

Aunque el frío no era fuerte, convenía mantener alejadas a posibles bestias salvajes…, ¡sí es que se dejaban amedrentar por las fogatas! En todo caso, les darían algo de visibilidad. Las dos lunas

de Istambetta apenas eran detectables entre el espeso follaje.

Bern se tendió sobre su improvisado colchón, manteniendo los ojos bien abiertos. Tenía que seguir despierto todo el tiempo que le fuera posible. Si se dormía, quizá no llegara a despertar nunca más.

Diez minutos después, dormía plácidamente.

Bern era consciente de que acababa de despertarse, aunque sus ojos seguían cerrados.

Intentó abrirlos, pero sintió una rara pesadez en los párpados. Hizo un esfuerzo, extrañado, consciente de que algo no iba bien. Con toda su fuerza de voluntad, logró que un débil resplandor de luz se filtrase hasta sus pupilas.

¿Qué hora debía de ser? Imposible consultar el reloj. Los músculos de su brazo parecían haberse declarado en huelga. ¡Qué tonto!, pensó, no lo tenía.

Un sudor frío empezó a empapar su cuerpo.

Reuniendo hasta el último átomo de energía de que disponía, logró fijar la mirada en la bóveda de vegetación que se encontraba por encima de su cabeza, El sol…, ¡el sol parecía estar en su cénit! ¡Era casi mediodía!

Mientras oleadas de intenso dolor recorrían todo su cuerpo, giró el hombro hasta colocarse boca abajo. AI menos, en esa postura, podía tener una visión del campamento: Lorelei y Arthur Ellington, seguían durmiendo plácidamente…, ¡pero el trío restante, había desaparecido!

Aquello no tenía lógica.

¿Por qué les habían abandonado? ¿Y, sobre todo, por qué les habían dejado vivos? ¿A dónde habían ido? Desconociendo el punto exacto donde se encontraba la nave de Bern, se arriesgaban a vagar por un paraíso asesino por toda su vida.

Se incorporó con lentitud. Fuera lo que fuese lo que le había producido aquella extraña parálisis, parecía estar desapareciendo.

Se acercó al anciano millonario y le zarandeó enérgicamente. Ellington no se movió. Bajo sus párpados, podía observarse el inquieto movimiento de los ojos y Bern calculó que le debía de ocurrir lo mismo que a él. Insistió y logró que el anciano abriera los ojos, mirándole desconcertado.

Entonces, y sólo entonces, repitió la operación con la chica.

Diez minutos después estaban desayunando algunos restos de

comida del día anterior.

—¿A dónde han podido ir? —preguntó Lorelei.

—Yo también pensé lo mismo al principio, pero ahora ya tengo la respuesta —afirmó Bern—. Indudablemente, Smith es el culpable de toda esta situación. Él colocó la bomba e intentó asesinarme. No sé cómo pudo averiguar lo de mi nave, pero preparó aquellas cosas por si lograba salvarme…, ¡y quién sabe cuántas más!

—Pero, Bern… —insistió la chica—. Ya te lo dije: eso le colocaba también a él en peligro…

—¡Exacto! —exclamó exultante el dueño de Istambetta—. Por eso ha decidido abandonarnos. A partir de ahora, tendremos que arreglárnoslas por nosotros mismos, mientras él y sus secuaces esquivan los peligros y se van en mi nave…

Bern pensó si no debía añadir unas disculpas al anciano. Al fin y al cabo, había creído que él era el responsable. Levantó su mirada hacia Ellington, que parecía sumido en una profunda meditación.

—¿No estás de acuerdo, Art? —preguntó, interesado.

—No del todo —reconoció el anciano—. Para que Smith hubiese podido averiguar el emplazamiento secreto de tu nave, habría tenido que apretar demasiadas teclas. Tarde o temprano te hubieras enterado, se habrían producido filtraciones…

—¿Entonces?… —añadió Bern, desconcertado.

—Creo que Smith sabe dónde se encuentra tu nave, gracias a Navrapool… ¡No olvides que es un mental! ¿Por qué no telepático?

Bern se quedó boquiabierto. En muchas ocasiones había oído hablar de las exploraciones telepáticas de los mentales y siempre las había tomado como un cuento de magia y terror, una leyenda promovida por ellos mismos. Además, incluso los mentales indicaban que era imposible realizar dicha exploración, sin que la persona explorada se diese cuenta. No querían despertar aversión y desconfianza. Generalmente, explicaban, se sentía un profundo pinchazo en el cerebro y una breve perdida de la conciencia. Apenas un segundo o dos.

Al instante, recordó la primera disputa con Smith. El fofo millonario se había negado a que Lorelei fuese consultada, insultándola, y él le había dado un puñetazo, antes de ser derribado por Steel.

Había sentido un agudo dolor y perdido momentáneamente el

conocimiento, pero lo había atribuido al golpe del guardaespaldas. ¿Y si el mental había sido lo suficientemente rápido como para lograr extraerle el dato en tan breve espacio de tiempo?

—Si ya sabían dónde se encontraba la nave…

—Prosiguió pensándolo Bern, esta vez en voz alta, —¿por qué no nos abandonaron desde el principio? ¿Por qué aceptaron ir en grupo?

—¿Por qué no? —preguntó a su vez, Ellington—. No les importaba especialmente. Sólo cuando se dieron cuenta de que tu posible asesino seguiría intentando liquidarte y que permanecer a tu lado era mucho más peligroso que ir por su cuenta, nos abandonaron…

Sí, parecía factible.

Mucho.

Pero aquel razonamiento tenía unas implicaciones que asustaban a Bern. Eran demasiado espantosas para seguir manteniéndolas en silencio por más tiempo.

—¿Te das cuenta de lo que dices? —preguntó mortalmente serio, dirigiéndose a Ellington—. Si ellos no están relacionados con la voladura de mi palacio y mi intento de asesinato…, ¡sólo quedas tú!

El anciano resistió la mirada de Bern, sin mover un solo músculo. Tardó unos segundos en responder:

—No tengo nada que ver con eso, muchacho. Te lo he dicho varias veces y lo repito. ¿Por qué tiene que ser necesariamente uno de nosotros?… ¿Por qué el asesino no ha podido prepararlo todo, tener en cuenta todas las posibilidades y esperar tranquilamente a media galaxia de distancia?

Bern se sintió desfallecer.

Sí, ¿por qué no?, ¿por qué no podía tener razón su viejo amigo Art?, ¿por qué seguir torturándose, desconfiando, destrozándose los nervios poco a poco, corroyéndose por dentro?

—De momento, tenemos que ponernos en marcha —dijo, finalmente—. Si Smith y los suyos saben dónde se encuentra la nave, sólo tenemos una posibilidad: ¡llegar antes que ellos! No sé si ese loco es el responsable o no de toda esta locura, pero seguro que no derramaría una sola lágrima por nosotros si nos quedásemos atrapados en Istambetta…

—¿Por qué no nos han asesinado entonces, mientras dormíamos? —preguntó la chica—. Era su gran oportunidad…

—Smith es lo suficientemente inteligente como para abandonarnos a las sorpresas maquiavélicas que nos depara Istambetta y no freírnos con un láser. ¡Si consiguen regresar vivos, tendrán que explicar cómo lo han conseguido y qué les ha ocurrido a los demás!

—¿De verdad crees que alguien se va a molestar, buscando nuestros cadáveres en esta asquerosa selva? —interrumpió Lorelei, incrédula.

—Por supuesto. Sobre todo teniendo en cuenta que, teóricamente, no hay animales salvajes o carroñeros que devorasen nuestros cuerpos. Seguro que Thomas, mi secretario, enviaría una expedición.

Ellington soltó una seca carcajada.

—Nunca he confiado en tu secretario. Siempre me dio la impresión de que pretendía controlar tus empresas…

—¡Estás loco! ¡Tom me es leal!

—Si tú lo dices… —continuó el anciano—. También dijiste que Smith era el responsable. Ahora, dices que soy yo. Mañana, ¿por qué no la chica?…

—¡Basta de paranoias! —estalló Bern—. ¿Por qué no culpas de todo a mi mayordomo?… ¡Ese argumento tan viejo estaría en consonancia con tu edad, al menos!

—No está mal, no está mal… —concedió Ellington, burlón—. Tendré que pensar en eso…

Rebuscaron por todo el campamento, para descubrir lo que ya sospechaban. Smith y sus hombres, se habían llevado todas las provisiones y el láser de Bern.

—¡Menos mal que conservo el mío! —suspiró el anciano—. Anoche lo escondí entre los matorrales. No hay como ser prevenido…

Bern no tuvo más remedio que pensar en que Arthur Ellington era «demasiado» previsor. Si su primitiva idea era cierta, ahora estaba a su merced.

No servía de nada darle vueltas y más vueltas a la misma idea, así que se concentró en la marcha. Smith y sus esbirros les llevarían varias horas de ventaja —quizá bastantes— y no tenían por qué

concederles más regalos.

Sus predecesores no se habían tomado la molestia de cubrir sus huellas: lianas cortadas, hierbas pisoteadas, ramas rotas, jalonaban el camino.

El día fue espantosamente largo y agotador. Sin comida, sin agua, con el entumecimiento muscular que su sopor les había dejado como secuela —hipnosis del mental, ahora no había duda—, mantener el ritmo era una tortura agónica.

Al anochecer estaban al borde de sus fuerzas. Si bien Bern y Ellington se mantenían en pie tozudamente, la chica no era más que un zombie ambulante. Sólo gracias a la ayuda del amo de Istambetta había conseguido no desfallecer pero esa generosa ayuda también había mermado en parte las energías de Bern. Se sentía como debería sentirse Ellington; como una anciano.

Cuando decidieron montar el escuálido campamento, Bern vigilaba escrupulosamente los movimientos de Ellington. Esta vez, no había dejado el arma fuera de su alcance, sino bajo el colchón de vegetación que había construido. ¿Podría apoderarse del láser, mientras el anciano dormía?/

Ellington le sonrió. Había comprendido claramente las intenciones del muchacho.

—Para evitar que se me dispare la pistola casualmente —empezó a decir, como si no diera importancia a sus palabras— y amanezca asado como un ternero, he quitado las cargas y las he guardado en mi bolsillo. Buena precaución, ¿no te parece, muchacho?

—Sí, muy buena… —masculló Bern.

El sueño de Bern fue muy agitado. El hambre y la sed no eran ajenos, pero las pesadillas le inundaron: se veía rodeado de mil peligros, con manos amigas que se tendían para ayudarle y se retiraban en el momento más crítico.

En medio del caos de imágenes, destacaban los penetrantes ojos de Navrapool, la sonrisa fría y calculadora de Steel, la aguda y desagradable voz de Smith, y la pistola de rayos láser, indefectiblemente empuñada por Ellington, que se acercaba a su frente, mientras el dedo índice se crispaba.

Y, sobreponiéndose a todo, el cuerpo desnudo de Lorelei Sun; un cuerpo flexible, sugerente, prometedor de mil placeres

desconocidos. Un cuerpo que Bern deseaba con toda su alma y que todavía no había podido conseguir.

Ellington tuvo que despertarle a la mañana siguiente.

—Anoche nos acostamos temprano, así que será mejor aprovechar el frescor del amanecer —y añadió, casualmente—: ¿Estamos lejos de la nave?

Las brumas desaparecieron del cerebro de Bern.

—No mucho… —respondió evasivo—. Quizá pudiéramos llegar hoy mismo, al anochecer, pero lo dudo. Seguramente estaremos allí mañana por la mañana…

Despertó a Lorelei que se levantó rápidamente, sin un solo reproche o remilgo, pero sus ojeras delataban su estado físico.

Empezaron a caminar de nuevo.

Apenas habían entrado en un amplio claro, cuando Ellington, que marchaba en cabeza con el láser al alcance de la mano, se detuvo señalando un bulto informe situado en mitad de la vegetación.

—¡Mirad allí! —exclamó.

Lorelei no pudo reprimir un grito de horror y se volvió de espaldas, presa de incontenibles arcadas. Bern intentó descubrir a quién pertenecía aquel bulto sanguinolento, aquel cadáver destrozado.

Se adelantó junto a Ellington, hasta llegar ante la aparición.

Fuera lo que fuese, parecía partido en dos. Y de un tamaño considerable. Bern siguió la silueta, hasta reconocer varias patas gruesas, musculosas, un vientre abierto, reventado, así como la cabeza, Parecía un animal, un mamífero, quizás un felino anormalmente desarrollado en los tanques de experimentación genética. Aquellas mandíbulas eran enormes, increíbles.

Por un instante, sintió una vaga aprensión, un sentimiento indefinible de que algo no cuadraba. Volvió a repasar el cuerpo del animal. Estaba prácticamente hecho pulpa, como si hubiera estallado interiormente, pero aun entero, aun a duras penas reconocible…

Entonces, se dio cuenta de lo que ocurría. Si el animal aún estaba entero, ¿por qué había pensado que parecía partido en dos? ¿Qué era aquella masa amorfa situada junto a él?

El anciano movió aquel bulto sanguinolento con el pie,

intentando darle la vuelta. —Steel— anunció escuetamente.

—Está… está completamente deshecho… —balbuceó Bern—. ¿Qué clase de animal ha podido dejarlo en este estado? No ha sido esa bestia, seguro.

—No. Ha sido otra llamada James Alexander Herbert George Smith.

—¿En qué te basas para decir eso? Sé que no nos gusta a ninguno, pero…

—Fíjate en él. Lo que estamos contemplando son los despojos de Steel. Lo que queda de él, después de haberle arrancado todas sus armas.

Bern se alejó unos pasos para vomitar.

Capítulo 7

Arthur Ellington tenía razón. El cuerpo de Steel había sido destrozado de forma sistemática: faltaban todos sus dedos y los huesos más largos de brazos y piernas habían desaparecido. El cráneo del guardaespaldas estaba hendido. ¿En busca de qué? No podían saberlo, como no podían saber si los destrozos en su torso habían sido provocados por la bestia que le había atacado o por el saqueo sangriento a que había sido sometido.

—¡Vámonos de aquí lo antes posible! —exclamó Bern tomando del brazo a Lorelei.

Nunca se pudo imaginar que un estómago, que no había ingerido ningún tipo de alimento durante veinticuatro horas, pudiera conservar tantas cosas. La chica era presa de un llanto inconsolable que le hacía estremecer el cuerpo. Bern intentó que no viese de cerca los despojos de Steel.

Estaban a punto de sumergirse de nuevo en la jungla, cuando Ellington se detuvo.

—¿Y ahora, qué? —preguntó Bern, suspirando hondamente.

—Creo que Smith y el mental no han pasado por aquí… —respondió cautelosamente el anciano.

El amo de Istambetta inspeccionó con atención su entorno. O sus predecesores se habían vuelto mucho más cuidadosos que hasta entonces, o habían tomado un camino distinto.

—Esto me huele mal, muy mal… —comentó Bern, vigilando a su alrededor—. El mental parecía saber perfectamente el camino… ¡Lo ha seguido sin una sola vacilación! ¿A qué viene esta táctica

diferente?…

—¿Y si existiera más de una bestia? Smith y Navrapool podrían haber sido cazados y llevados a algún tipo de cubil… —añadió Ellington—. Quizás en estos momentos están sirviendo de desayuno a toda una camada de gatos superdesarrollados. Si he de ser sincero, la idea me parecería excelente…

—O quizá se han escondido, dejando que nosotros nos topemos primero con los peligros del camino. Después de su encuentro con el «gatito», como tú le llamas, prefieren no correr riesgos…

—Eso implicaría que desconocen lo que nos espera —dijo el anciano, sonriendo. Sabía lo que vendría a continuación.

—Y que tú eres el responsable —terminó Bern.

La idea flotaba en el ambiente. Pronunciarla en voz alta sólo era remarcar lo que ambos estaban pensando.

—O que sus propias trampas se les han escapado de las manos… —subrayó Ellington—. El sembrar Istambetta de cosas gelatinosas o felinos antediluvianos no significa que puedas controlarlos a tu antojo.

El anciano tenía razón. Pero, aceptar sus palabras, volvía a colocar a Bern en la disyuntiva de no creer en nadie, no confiar en nadie. Cualquiera podía ser su mortal enemigo.

—No nos dejan alternativa. Tenemos que seguir, eso es indudable —señaló Bern—. Si nosotros también nos dedicamos a dar vueltas en redondo, tenemos las de perder. No disponemos de agua, ni comida. Nos vencerán por agotamiento…

—Pero si seguimos, nos enfrentaremos a un doble peligro. Lo que tengamos delante… ¡y lo que dejamos atrás! —exclamó Ellington—. Podemos ir eliminando todas las trampas que se nos presenten, para terminar achicharrados por la espalda…

—¿Tienes una idea mejor? —preguntó Bern.

El anciano no contestó, así que Bern tomó del brazo a Lorelei y empezó a abrirse paso entre la enmarañada vegetación, con mil ideas bullendo en su cabeza. Hasta ese punto, había considerado que se enfrentaba a un solo enemigo: Ellington o Smith. Pero ¿y si ambos se habían confabulado contra él? Hasta entonces, uno u otro le habían acompañado siempre. Quizá, viendo que conseguía atravesar todas las pruebas, habían decidido dividirse. Uno de ellos, se mantenía junto a Bern, esperando el momento propicio. Por si

fallaba, siempre quedaba el otro.

No. Aquello era imposible. Había pensado que Arthur Ellington podía estar tras todos sus sinsabores. No acertaba a comprender cuáles podían ser sus razones, pero eso no significaba que no existiesen. Pero imaginar al anciano millonario trabajando codo a codo con Smith, era imposible.

¿Qué papel jugaría el mental en todo aquel embrollo? ¿Sería únicamente el fiel servidor del grueso millonario, o tenía razones propias para intervenir en el macabro juego? ¿Estaría manipulando a Smith? Y si fuese así, ¿en beneficio de quién? ¿De sí mismo, o de Arthur Ellington?

Estaba en un callejón sin salida, pero meditar sobre todo aquello hacía más llevadera la marcha. Evitaba pensar en el cansancio, en el hambre, en la sed…, incluso en Lorelei. Desde que habían dejado atrás el cadáver de Steel, la chica parecía haber caído en una especie de trance. No hablaba, su mirada parecía perdida y su paso era por completo maquinal, automático, lo que le hacía trastrabillar con frecuencia. No podía hacer nada por animarla, por confortarla. Eso y sus propios problemas, le hacían sentirse inútil.

Poco a poco, la vegetación que les rodeaba se hacía menos densa. Los árboles perdían altura y se iban espaciando. Los matorrales que sólo crecían entre ellos, llenaban los espacios formando una espesa alfombra de casi medio metro.

Una hora después la selva desapareció completamente, dando paso a una llanura de varios kilómetros. Terminada ésta, daba comienzo un nuevo bosque, mucho menos espeso del que acababan de cruzar.

—¿Qué tal si descansamos un poco? —propuso Bern, mirando de reojo a la chica.

—¡Vamos, muchacho! —replicó alegremente Ellington—. ¿No me dirás que ya estás cansado?… Pero ¡si apenas hemos empezado a calentar los músculos!

—No… no lo decía por mí… —balbuceó Bern.

Sabía que Lorelei necesitaba un descanso, pero tampoco quería haberlo expresado tan claramente. Ya tenían bastantes problemas como para que se sintiera culpable de ralentizar la marcha.

—Adelante… —exclamó la chica, firmemente.

Reemprendieron la marcha, adentrándose entre la vegetación.

Los largos tallos de la hierba les azotaban las piernas a su paso. Sobre el suelo, sus bulbosas raíces alfombraban el terreno. Su avance era marcado por el crujido que provocaban sus pies al aplastar dichos bulbos, que desprendían al mismo tiempo una sustancia espesa y blancuzca.

—Eres sofisticado, ¿eh, muchacho? —comentó Ellington, rompiendo el abrumador silencio.

—¿Sofisticado? —repitió Bern, extrañado—, ¿a qué te refieres?

—Teniendo a tu disposición cantidades ilimitadas de bueno y viejo césped terrestre, tienes que plantar esa porquería entre la que caminamos… ¡Me duelen los oídos de tanto crujido!

—Bueno, no sé… No me suelo ocupar de los detalles. Ni siquiera sé que tipo de planta es. Debía, ir mejor al tipo de suelo o algo así. Todo esto es asunto de…

Lorelei le interrumpió entonces dando un pequeño grito.

—¿Estás bien? —inquirió Bern, solícito.

La chica levantó una de las piernas, hasta poder sujetársela con ambas manos.

—Sí, es sólo un pinchazo en el pie… Me ha debido de entrar una piedra en la bota.

Bern la sujetó con sus manos para estirar de ella y sacársela, pero se quedó quieto, rígido, mirando con ojos desorbitados la suela de la bota… ¡Prácticamente, había desaparecido!

—Debe de ser esta maldita sustancia lechosa que desprenden los bulbos… ¡Maldita sea! —juró, furioso—. Tenemos que darnos prisa, o consumirán completamente nuestro calzado…

¿No pretenderás volver atrás? —preguntó Ellington—.

—¡No, claro que no! Estamos a más de la mitad de camino… ¡Sólo digo que aceleremos un poco!

Agarró a Lorelei por la cintura, mientras le indicaba:

—No apoyes el pie en el suelo. Camina a la pata coja.

La idea no era mala, pero en aquellas condiciones no podían ir más deprisa. Era demasiado incómodo.

Bern empezó a sentir un hormigueo en los pies. También sus suelas estaban desapareciendo ante el ataque químico de aquella sustancia. Solamente el anciano parecía seguir inmune y pisaba con rabia los extraños bulbos.

—¡No lo hagas, Art! —advirtió Bern—. Sólo consigues que

desprendan esa substancia y yo también me estoy quedando sin suelas…

Lorelei intentó esconder un rictus de dolor sin conseguirlo.

—¡Mi otro pie está empezando a…!

Calló al escuchar el rugido de Bern.

Un rugido de rabia y dolor.

Levantó su pie para mirarlo. La suela de la bota había desaparecido completamente y la planta del pie estaba cubierta de llagas y heridas de las que manaba abundante sangre.

El viento movió la extraña hierba, que cayó contra la planta de su pie, impidiéndole la visión. Las apartó con la mano, pero inmediatamente sucedió lo mismo. Sólo faltaba que el viento trajese consigo una tormenta.

Mordiéndose los labios, alzó la vista hacia el cielo, buscando cualquier indicio de nubes. No había ninguna. El sol seguía resplandeciente. Por no haber, no había ni… ¡No había ni viento!

Atónito, volvió a fijar su vista en el pie, cubierto por los tallos de la hierba. No, no sólo cubierto. Horrorizado, vio como las puntas de los tallos, finas y delgadas como cabellos, serpenteaban entre sus heridas, hasta descubrir una lo suficientemente grande como para introducirse por ella, penetrando más y más en su interior. Entonces, advirtió la distinta coloración de los tallos que convergían sobre él. Muchos de ellos habían adquirido una tonalidad rosácea.

¡Aquellos malditos tallos estaban absorbiéndole la sangre como vampiros vegetales!

Se arrancó los tallos del pie con decisión y volvió la vista hacia Lorelei a su lado. Parecía desmayada, exangüe, cubierta por la marea verdosa que reptaba malignamente por su cuerpo, concentrándose, sobre todo, en sus pies. Pero, allí donde la substancia lechosa empezaba a disolver la piel, la carne, acudían vorazmente como dotadas de vida.

—¡Tenemos que salir de aquí, o seremos devorados por las plantas! —gritó angustiado.

En medio del dolor, buscó desesperadamente una salida. No había ninguna.

El mar de apacible hierba, convertido de súbito en una pesadilla dantesca, se extendía por delante y detrás, por la derecha y… No, a la izquierda podía ver un conjunto de árboles.

¡Si pudiesen llegar hasta ellos!…

—¡Lleva a Lorelei hasta los árboles, Art! —gritó Bern, al anciano que estaba inmóvil, atónito, contemplando el macabro espectáculo —. ¡Yo llegaré solo! ¡Por favor, Art, ayúdala!

El anciano se inclinó sobre la muchacha, que parecía estar envuelta en un capullo vegetal, y la arrancó de entre la hierba. Muchos tallos fueron arrancados con ella, colgando de su cuerpo, goteando sangre, insaciables. Insensible al dolor que padecían sus compañeros, Ellington emprendió una carrera hacia los árboles.

Bern cayó a gatas. El dolor era insoportable y la hierba parecía arracimarse en torno a él, espesándose, dificultando su avance. Cada movimiento era una agonía indescriptible para sus rodillas y sus manos. Cada vez que levantaba una de ellas, dejaba una mancha de sangre que era absorbida.

—Tengo que caminar…, caminar… —repetía constantemente, intentando darse ánimos.

Gritando, aullando casi, se incorporó.

Movió un pie, luego otro, otro más… Dos largos pasos y estuvo a punto de caer, pero resistió. Correr, saltar, tener el mínimo contacto con el suelo, y lo más brevemente posible.

Falló su primer intento y cayó de bruces, golpeándose la mandíbula. Al instante, los largos tallos convergieron sobre él buscando su sangre. Los sintió resbalar por el rostro, llegar a la mandíbula, a la boca. Empezó a sentirse sofocado y el pánico pudo más que la razón.

Se levantó y empezó a correr, a saltar, luchando contra el dolor. Por fin, alcanzó la base del árbol más cercano, donde se encontraban Lorelei y Ellington.

El anciano estiró su mano para alcanzar la de Bern.

—¡No! ¡La mano, no! —aulló—. ¡La tengo en carne viva!

Ellington sujetó el antebrazo del muchacho y, demostrando una fuerza casi increíble para su edad, le alzó a pulso hasta dejarle en la primera rama.

Bern se sentó a horcajadas en ella, manteniendo apenas el equilibrio. Como no podía utilizar las manos, apoyó la espalda contra el tronco.

—No sé si esta rama resistirá el peso de los tres… —dijo el anciano—. Será mejor que suba a Lorelei hasta otra más alta y

gruesa…

Bern miró hacia abajo, hacia el mar de hierba. La sangre caía de sus heridas hasta el suelo y, en un radio de varios metros alrededor del tronco del árbol, los tallos se inclinaban hacia él, como movidos por una mano invisible y tenaz. Sin poder contenerse, el muchacho empezó a reír histéricamente.

—¡Sí, Art! Sube a Lorelei hasta otra rama. Y luego hasta otra, y otra, y otra más… Súbela hasta el cielo y márchate con ella… Será la única forma en que podamos escapar… ¡Estamos condenados!

Sin dejar de reír y sollozar al mismo tiempo, Bern levantó la vista hacia donde se encontraban su amigo y su chica.

Lo primero que vio fueron las botas del anciano millonario. Sus suelas. Carcomidas y deshechas.

Y dejó de reír.

Porque la planta de sus pies no tenía ni una sola herida. ¡Estaban intactas!

Capítulo 8

Bern se quedó boquiabierto unos minutos, incapaz de reaccionar.

¿Por qué aquellas sanguinarias plantas no habían atacado a Ellington? ¿Cuál era el secreto del anciano para mantener inmune su cuerpo al vampírico ataque vegetal?

Una espantosa idea empezó a abrirse paso en su mente, hasta estallar con la luz de la revelación.

Cuidadosamente, se fue desplazando por la rama hasta acercarse a Ellington. Después, fingiendo que buscaba una postura más cómoda, estiró la mano… ¡y la cerró sobre la culata de la pistola láser!

Antes de que el anciano pudiera reaccionar, le empujó con fuerza, haciéndole perder el equilibrio, mientras sujetaba el arma.

Ellington cayó al suelo de espaldas, gritando, con un rictus de dolor.

Lorelei, que había recuperado el conocimiento, miraba estupefacta a Bern sin comprender nada de lo que ocurría.

—Pero… pero ¿qué estás haciendo? ¿Te has vuelto loco?

En tierra, Ellington se incorporó furioso, levantando un puño amenazador contra Bern… ¡Pero los tallos no le hacían el menor caso! ¡No convergían hacia él!

Cuando las manos del anciano se apoyaron al tronco del árbol, Bern, con toda lentitud, con toda la sangre fría que fue capaz de reunir, apuntó hacia ellas.

Reprimiendo el dolor que le producía el contacto de la mano con el arma, disparó.

Ellington dio un salto y volvió a caer al suelo.

Su mano derecha estaba completamente destrozada, casi arrancada de cuajo de la muñeca, pero no se veía ni rastro de sangre. Ni hueso. Ni carne. ¡Sólo una colección de cables y piel plastificada!

¡Un androide! —exclamó la chica, ahogadamente—.

—Un androide. Y de los buenos —reafirmó Bern.

El falso Ellington se había vuelto a incorporar e intentó avanzar de nuevo hacia el árbol, pero al observar que la mirada de Bern no se apartaba de su mano derecha, se inmovilizó.

—Ya no hace falta que sigas fingiendo, —dijo Bern—. Quiero que me expliques por qué estás ocupando el lugar de mi amigo…

El androide guardó silencio durante algunos segundos. Bern casi podía jurar que oía los leves chasquidos de su mecanismo interior, reajustando la programación ante la nueva situación planteada. Por supuesto, eran figuraciones suyas.

Por fin, el hombre mecánico con la figura de Arthur Ellington, habló:

—No estoy autorizado a revelar la misión que me ha traído a este plane…

—¡Tampoco hace falta! —gritó triunfalmente el muchacho—. ¡Puedo deducirla perfectamente!… ¡Tú colocaste una bomba en mi palacio! ¡Quisiste hacerme volar en pedazos!

—¡Falso! —protestó el androide—. Estoy programado para no hacer daño a ningún ser humano, ni por omisión dejar que un humano muera en mi presencia.

—Pues no hiciste mucho por salvar a Horatius…

—Lo intenté, pero sus reacciones fueron demasiado rápidas. Cuando quise actuar ya estaba muerto. No obstante, siempre me mantuve a su lado e intenté que sufriera lo menos posible a causa de su adicción a la droga…

—¿Qué me dices de Steel? Tuviste tiempo más que suficiente para intervenir, cuando aquella babosa quería engullirlo.

El androide bajó la vista, en un remedo humano de la vergüenza.

—Mis… mis circuitos dudaron demasiado tiempo. Poseía tantos órganos artificiales, que no sabía deducir si era humano, o un *cyborg* [2] .

Bern se sintió con ganas de estallar de risa. ¡Pobre Steel! ¡Si oyera al androide!… Pronto apartó aquel pensamiento de su mente. Tenía que concentrarse en lo más importante. Tenía que encontrar una forma de salir de allí.

—Escúchame atentamente… er… «Art». No podemos descender del árbol sin ser pasto de esa condenada hierba. Y tampoco podemos quedarnos aquí. Acabaríamos muriendo de hambre. Tienes que salvarnos…

—¿Cómo hacerlo? —peguntó ansiosamente el androide—. Podría quemar la hierba, pero el fuego seguramente os alcanzaría. Mis circuitos no pueden deducir un sistema apropiado…

—No tienes que hacer más que lo que ya hiciste antes. ¡Llévanos hasta la selva!

—Sentaos encima de mis hombros. Os llevaré… ¡si tengo tiempo!

—¿Cómo que si tienes tiempo? —preguntó Bern, nervioso—. ¿Acaso tu período de vida es limitado?

—No. Puedo vivir bastantes más años que un humano, sin necesidad de repuestos, pero he sido descubierto. Y mi programación contempla esa contingencia. Debería destruirme automáticamente, pero también debo salvaros. Ambas órdenes luchan en mis circuitos. De momento, domina esta última. Es una de las normas básicas implantadas en nuestros cerebros desde la construcción, pero la nueva programación es fuerte…, ¡muy fuerte!

—Entonces, ¿a qué esperamos? —Urgió Bern—. ¡Vamos, nena!

No fue fácil resbalar hasta el robot. La mayor parte de su cuerpo tenía heridas y llagas, más o menos profundas. No sabían cuánta sangre habían perdido entre las plantas, pero se sentían débiles.

Bern, además, se sentía exultante. Las palabras del androide acababan de confirmar todas sus sospechas… ¡Ellington era el cerebro que se escondía tras los intentos de asesinato! Y, paradójicamente, también el falso millonario tenía razón. El asesino podía estar cómodamente instalado a media galaxia de distancia, esperando que su máquina trajese las buenas noticias.

El androide empezó a caminar entre las plantas con un cuidado exquisito y su andar típico y firme. Los tallos, como si olieran la sangre de los dos heridos, convergían hacia ellos para encontrar que estaban fuera de alcance. ¡Si algo le sucedía al robot en esos

momentos…!

Faltaban pocos metros para llegar al bosque, cuando «Ellington» empezó a trastrabillar, a avanzar un poco erráticamente, a despedir tenues nubecillas de humo.

—Tengoooo queeeee autodestruirmeeeee… —balbució el androide, con su voz distorsionada.

La programación impuesta por el verdadero Ellington estaba empezando a dominar y a causar estragos en los circuitos internos. Su forma de hablar era una buena prueba.

—¡No te autodestruyas! —rogó Bern—. Primero, tienes que salvarnos… ¡Tienes que dejarnos más allá de esta trampa mortal!

Pero los pasos del androide habían disminuido considerablemente de longitud y de ritmo, mientras se balanceaba de modo peligroso. Los tallos, como si hubieran adivinado lo que ocurría, se movían más espasmódicamente, agitándose con violencia, golpeando los flancos del hombre mecánico.

—Tengoooo queeeee autodestruirmeeeee… —repitió el falso Ellington.

Saltaron varios chispazos de su interior y se desplomó como si hubiera perdido el conocimiento.

Bern y Lorelei cayeron al suelo, rodando sobre sí mismos, en medio de las mortales plantas. Los bulbos se resquebrajaron a causa de su peso y empezaron a expandir la substancia blanca, ardiente y corrosiva. Los tallos buscaron las heridas de los caídos, empezando a absorber su sangre.

—¡Sólo faltan unos metros!… ¡Vamos, podemos llegar! —gritó frenéticamente el amo de Istambetta, para darse ánimos.

Cogió a Lorelei de la muñeca y la arrastró tras él, sin preocuparse de bulbos o tallos, de llagas o heridas.

Cuando se adentraron en el bosque, se dejaron caer al suelo, clavando sus dedos en la fresca y olorosa tierra, acariciándola, regándola con sus lágrimas.

—Nunca llegaremos a la nave —sollozó la chica—. ¡No podemos ni caminar!

—No será un paseo, desde luego…, ¡pero llegaremos! Mañana intentaremos fabricarnos unos zapatos improvisados con hojas de árbol y lianas. Dolerá, dolerá cada paso, pero podemos conseguirlo… ¡Una vez en la nave, dispondremos de un automédico

para curamos!

Renqueante, Bern se acercó hasta el límite del mar asesino. Los restos del androide eran perfectamente visibles. El proceso de autodestrucción no había terminado y los tallos se combaban, intentando apartarse de él, de la muerte. El muchacho se deleitó viendo chamuscarse las plantas más cercanas a la cáscara metálica.

Vacíos, agotados, dedicaron la tarde a preparar su calzado para el día siguiente. Sus manos eran lo suficientemente sensibles como para que cualquier movimiento o manipulación les resultase muy dolorosa. A medida que pasaban las horas, el dolor fue remitiendo. Quizás el jugo de alguna de las hojas o lianas que estaban utilizando tuviera un suave efecto anestésico.

Prepararon un solo lecho para la noche. Cuando se tendieron, Bern se preguntó si despertarían al día siguiente. La chica gemía a su lado.

Con una sonrisa amarga, se dio cuenta de que estaba junto a ella, piel contra piel, por primera vez desde la explosión del palacio. ¿Cuánto tiempo había pasado? ¿Un día, dos, tres…? Parecían siglos. Por mucho que lo hubiera intentado, no habría podido amarla.

El sueño llegó como una bendición contra el dolor.

Capítulo 9

Cuando Bern despertó, las heridas le molestaban bastante menos. Despertó a Lorelei con delicadeza, casi con mimo.

—¿Llegaremos hoy a la nave? —preguntó la chica.

—No lo creo —tuvo que reconocer él—. Ayer perdimos mucho tiempo y, hoy, no avanzaremos demasiado. Además, tendremos que dar un pequeño rodeo, no podemos seguir sin beber o comer nada. Como mínimo, necesitamos encontrar algún riachuelo, o lago, o yo qué sé…

Reemprendieron la marcha, la larga marcha, la eterna marcha. Ni siquiera se preocupaba por Smith y Navrapool, por Ellington y sus trampas. No tenía fuerzas para ello.

—¿Sabes lo que voy a hacer cuando estemos a salvo? —exclamó, intentando parecer alegre y confiado—. Prepararé una bañera con champaña terrestre y me sumergiré en ella durante horas y horas…

Lorelei esbozó una tímida sonrisa.

—Con esas heridas, no creo que resistieras ni un minuto… ¿No sabías que el champaña terrestre contiene alcohol?

—¡Perfecto! Además de desinfectarme las heridas, las emborracharé. A lo mejor, así no duelen.

—¡Amo Clark, eres un payaso!

—Recuérdame que te debo cien latigazos.

—¡Hummm! No creo que se notase mucho la diferencia. Debo de dar pena…

Bern sonrió. La escena parecía dar resultado.

—¡Hombre! ¡Pena, lo que se dice pena…! Creo que despiertas

otros sentimientos muy distintos…

—Lo repito, Amo Clark. Eres un payaso… ¡pero un payaso adorable!…

De repente, Bern alzó la mano en un gesto imperativo, conminando a la chica a que guardase silencio.

Un rumor casi inaudible retumbó en el bosque, un rumor que aumentaba por segundos.

—¡La nave! —gritó Lorelei con desesperación—. ¡Han llegado a la nave y se están alejando de Istambetta!

Bern volvió a repetir el gesto, negando con la cabeza. Sabía muy bien que aquel extraño rumor no pertenecía a su nave. Ni siquiera era un rumor. Parecía más bien un… un rugido que ascendía y descendía acompasadamente, como el estertor de un gigante.

El crujido de los árboles vino a sumarse inmediatamente al primer sonido.

No había duda.

Algo avanzaba hacia ellos.

Algo lo suficientemente grande como para aplastar cuanto se interpusiera a su paso.

La maleza que se encontraba tras ellos se agitó enloquecidamente y un olor fétido, nauseabundo impregnó sus narices.

—¡No puede ser! —gritó Lorelei—. ¡No, no, no!… ¡Ahora, noooo! ¡Cuándo estábamos tan cerca!

Bern no dijo nada. No podía.

¡Frente a ellos, abriéndose paso entre las vegetación, un gigantesco gusano de varios metros de diámetro reptaba hacia la pareja!

Capítulo 10

Tomando del brazo a la chica, Bern la arrastró hacia un lado, para apartarla del camino del gigantesco gusano.

—No te preocupes, conozco ese tipo de gusanos y no es peligroso… —susurró en el oído de la joven—. Son típicos del planeta Harraquis y no atacan a los seres humanos. Debe de estar desorientado, su hábitat natural es el desierto…

—Entonces, ¿qué hace aquí? ¿Por qué nos persigue? —gritó Lorelei al borde de la histeria.

—Regalo de nuestro querido asesino, desde luego. Pero tranquilízate, creo que no corremos peligro…

Como si quisiera desmentir sus palabras, el gusano se detuvo unos instantes y levantó su enorme cabeza, como si olfateara el aire. La visión era impresionante. Bern calculó que debería tener tres metros de diámetro, pero le era imposible calcular su longitud. La cola del monstruo se perdía en la espesura. Su color era amarillento y desprendía una sensación angustiosa de palidez, enfermedad…

Pequeñas nubecillas de vapor parecían surgir de su boca, cuando empezó a girar lentamente, hacia donde se encontraban Bern y Lorelei.

—¡Viene por nosotros! ¡Viene por nosotros! —aulló la chica en el límite de la cordura.

Bern no se molestó en intentar tranquilizarla: le propinó dos sonoras bofetadas y antes de que la chica reaccionase, la cargó sobre sus hombros y empezó a correr en dirección contraria al

monstruoso gusano.

La vegetación era más densa y el avance dificultoso, pero la gorgoteante respiración del gusano y el crujido de los árboles que caían a su paso le dio fuerzas para resistir el peso de la muchacha, el azote de las ramas y el lacerante cuchilleo que parecía acosar a sus pies.

Bern intentaba utilizar todos los medios naturales a su favor y procuraba correr cerca de los árboles más gruesos, aquellos que no se abatirían con facilidad ante el ímpetu del monstruo. Su largo cuerpo no se movería fácilmente entre ellos y perdería segundos, quizá minutos.

—¡Nos sigue! ¡Nos va a coger!… ¡Nos atrapará! —No cesaba de repetir la chica.

—No… Creo… creo que le estamos sacando… un poco de ventaja… —balbució Bern.

—Pero ¿hasta cuándo? ¡No parece cansarse y nosotros no podremos seguir corriendo mucho tiempo!

Para reafirmar su frase, Lorelei palmeó la espalda de Bern, indicándole que la dejase en tierra. Lo hizo gustosamente.

Bern tenía razón. Habían aumentado su ventaja en varios metros, pero el gusano se volvió a semiincorporar e intentó recuperar la pista de los humanos. Cuando los hubo localizado, reanudó la marcha, imprimiendo mayor velocidad a su arrastre.

La cabeza del monstruo y sus dos primeros anillos se movían insistentemente en todas direcciones, rastreando la presencia de sus presas.

—¡Nos está alcanzando! —gritó la chica.

Los horribles rugidos llegaban hasta ellos con toda nitidez. Lorelei casi hubiera jurado que el fétido aliento del gusano la rodeaba.

Empezó a toser y se dobló sobre sí misma» incapaz de continuar.

Bern tiró de ella.

—¡Ánimo, no te detengas! ¡No podemos darnos por vencidos!

Giró la cabeza para mirar a la chica, pero sus ojos se toparon con la increíble visión del monstruo. De su boca surgía un gas verdoso, denso y acre.

—¡Vámonos de aquí! —gritó, horrorizado.

El vapor se extendía tras ellos, agostando la vegetación,

transformándola en una reseca caricatura de sí misma.

¡Corre, por el amor de Dios! ¡Sigue corriendo!

Pero el gusano se acercaba cada vez más. Apenas les separaban una decena de metros.

—¡No puedo más, Bernard! ¡Te lo juro…, no puedo…!

Cinco metros.

—¡Calla y corre!

Una nube de gas envolvió un arbusto a unos centímetros de su derecha, consumiéndolo en décimas de segundo.

La cabeza del monstruo se alzó para dar el golpe definitivo.

Bern intentó acelerar el paso, pero sus piernas fallaron.

La boca del monstruo se acercó más, y más, y más…

Y Bern notó que daba un paso en falso, empezando a caer hacia delante.

Gritó y se aferró instintivamente a la chica.

La caída fue breve, de no más de un par de metros.

Los cuerpos de ambos se retorcieron de escozor al sumergirse en un agua negra, fétida y sucia.

Bern braceó desesperadamente, intentando alejarse lo más posible de la orilla, antes de retornar a la superficie.

Cuando sintieron la imperiosa necesidad de aire y emergieron, no vieron rastro del gusano.

—¡Le hemos despistado! —aulló Bern, triunfante— ¡ya no está! ¡Ha perdido el rastro!

—De momento —puntualizó Lorelei—. ¿Qué ocurrirá cuando salgamos del agua? Si vuelve a aparecer, no lo resistiré… ¡No podré volver a enfrentarme a ese horror!

Él la animó:

—¡Vamos, nena! Ya pensaremos en eso después, Ahora tenemos que salir…

Llegó a la orilla opuesta a la que habían caído, arrastrando el peso muerto de su compañera. Intentó animarla:

—No conviene quedarse aquí, el gusano podría bordear el lago y…

—¡No me importa, Bern! —gritó la chica, con los ojos inundados de lágrimas—. ¡No quiero seguir sufriendo! ¡Quiero morir! ¡Morir de una vez!… ¡Descansar para siempre!

Bern la tomó por los hombros y la agitó con violencia,

intentando reanimarla, infundirle un poco de coraje.

Parecía tan desvalida, tan indefensa…

Acercó su rostro al de ella, hasta que sus labios rozaron los de la chica.

Se fundieron en un desesperado beso.

Al separarse, Lorelei había conseguido dominar las lágrimas, pero no su desesperación. —No podré…— empezó a decir.

Bern apoyó las puntas de sus dedos en los labios de la chica.

—¡Sssh! ¡No digas eso! —Le conminó severamente. Luego, señalando un pequeño claro cubierto de arena y bañado por el sol, añadió—: ¡Al diablo con el gusano! Mira, descansaremos allí…

Llegaron casi arrastrándose hasta el claro y se desplomaron. Durante un minuto, ninguno se movió. Permanecieron boca arriba, sin hablar siquiera. La energía gastada por la huida había acabado con las últimas reservas de sus maltrechos cuerpos.

Bern se sentía a gusto allí, bañado por el sol, acariciado por la cálida arena que había bajo él, invadido por el dulce sopor que…

Capítulo 11

Se despertó asustado.

¡La arena, o lo que fuese aquella maldita cosa, estaba ascendiendo por sus brazos!

Intentó incorporarse y no pudo. Sus piernas y su brazo izquierdo estaban enterrados. Lorelei se encontraba en una situación similar.

La zarandeó con su mano libre hasta que ella entreabrió los ojos.

—¡Muévete!… ¡Estamos sobre algo vivo!

El pequeño claro se agitó al sentir que sus presas se resistían. Se elevó por los bordes y se hundió en el centro, creando un embudo cuyo oscuro fondo parecía un túnel dispuesto a tragarse los cuerpos de Bern y Lorelei.

Haciendo un esfuerzo supremo, a costa de hundir todavía más sus piernas, Bern consiguió liberar su brazo izquierdo.

—¡Creo que es un animal! —gritó—. ¡Un animal que utiliza un sistema similar al de las arañas: tiende una trampa y espera que alguien caiga en ella!

Lorelei luchaba por mantener su cabeza fuera de la arena.

—Cógeme… cógeme el pie… —suplicó, esforzándose por doblarse hacia él.

Bern estiró sus brazos para alcanzar la pierna de la chica… ¡Demasiado tarde! Con un sonido gutural, la cabeza de Lorelei desapareció engullida por el animal.

Pero el movimiento había desequilibrado su cuerpo y el pie de la chica rozó los dedos de Bern. Éste agarró el tobillo y estiró con todas sus fuerzas, logrando que el cuerpo de Lorelei regresase a la

superficie.

La chica boqueó buscando aire.

—¡Aguanta un poco! ¡No te muevas! —advirtió Bern, soltándola.

—¡No, no me dejes!… ¡Me devorará!

El muchacho giró lentamente hasta quedar de cara a la selva. Algunas lianas no estaban demasiado lejos. Si forzaba un poco su posición…

Lorelei, tras él, seguía gritando desesperadamente, pero no podía atenderla.

Ahora, no.

Las lianas estaban a pocos centímetros de sus dedos. Otro esfuerzo, otro pequeño esfuerzo más y…

Al fin, consiguió sujetar una de las colgantes ramas. La atrajo hacia sí con fuerza y lanzó uno de los cabos hacia atrás, hacia la chica.

—¡Sujétate con fuerza! ¡No te sueltes, pase lo que pase!

Lorelei obedeció con la tozudez del instinto de supervivencia.

Bern la atrajo hacia sí, hasta que pudo abrazarla. Reunió todas sus fuerzas e intentó ascender por la liana, escapar a la succión del animal. Se movió unos centímetros.

Apretó los dientes y aspiró todo el aire que cupo en sus pulmones, antes de volver a intentarlo. Unos centímetros más.

Bern ya no era un ser humano, era un animal ciego de dolor y de rabia, luchando por conservar la vida, por ganar los centímetros necesarios para…

El animal soltó su presa con un ruido similar al de un tapón expulsado por la botella.

La pareja cayó entre los árboles.

—¡Lo… lo conseguimos…! —dijo Bern, jadeante.

—¡¿Para qué?! —aulló la chica—. ¿Qué nueva sorpresa nos prepara este diabólico planeta, este paraíso asesino, como le llamó el androide?

—Lorelei, por favor…

Pero era imposible detener el torrente de palabras.

—¿Qué nuevo monstruo nos estará acechando?… ¿Un ave fénix que nos ofrecerá a sus crías? ¿Un ragnok que incubará en nuestros cuerpos sus orugas?… ¿¡Qué!?

—No lo sé, te lo juro…, ¡pero no puede ser peor de lo que hemos

encontrado hasta ahora! Vamos, tenemos que seguir…

—No puedo seguir, Bernie…, ¡no quiero! Si quieres llegar hasta la nave, adelante, inténtalo… ¡Pero déjame aquí! ¡No me obligues a seguirte!… Ya no puedo más…

A medida que hablaba, iba aumentado el tono de voz, hasta convertirse en un chillido que surgía de lo más profundo de sus entrañas.

—¡Déjame! ¡Déjame aquí! —insistió, empezando a golpear el pecho de Bern con sus puños—. ¡Vete de una vez!
¡VETE!

Bern vio como se agachaba para coger una piedra, una piedra voluminosa, y como avanzaba hacia él, sollozando, blandiendo la piedra en forma amenazadora.

Buscó su pistola instintivamente.

No estaba.

La había perdido en la huida.

Lorelei alzó la piedra sobre su cabeza, dispuesta a dejarla caer sobre Bern.

¡El impactador mental! La idea llegó al muchacho como una chispa eléctrica. Rebuscó nervioso, precipitadamente entre sus ropas… ¡Sí, allí estaba!

Apuntó sin vacilar a la chica.

—No des un paso más, Lorelei… ¡Ni un solo paso!

Con un ronco gemido, la chica se lanzó sobre él, empujándole, derribándole. Lucharon por la posesión del arma, mientras rodaban por el suelo.

Bern no tenía fuerzas. ¿De dónde las sacaba Lorelei? No lo sabía, pero vio como el arma iba apuntando, cada vez con más precisión, a su cabeza.

El impactador se disparó y Bern sintió como le explotaba el cráneo antes de perder el conocimiento.

Capítulo 12

Bern despertó sintiendo los efectos del disparo.

La chica, a su lado, también recuperaba el conocimiento.

Antes de que pudiera reaccionar, se abalanzó sobre ella, inmovilizándola.

—¿Por qué intentaste partirme la cabeza con la piedra? —preguntó a bocajarro.

Lorelei sacudió la cabeza, intentando aclarar sus ideas. Cuando respondió, lo hizo con una mueca de extrañeza.

—¿Qué estás diciendo? ¡Yo no te ataqué, sólo me defendí! ¿Qué querías que hiciera, si pretendías destrozarme el cráneo con tu maldito impactador mental?…

—¡Tú me amenazaste primero! —contraatacó Bern.

Ella negó vehemente con la cabeza.

Bern prosiguió:

—Bien, uno de los dos está loco. Y no me extraña que seas tú la que haya perdido la cabeza. El gusano fue demasiado para ti…

—¿El gusano? ¿Qué gusano? —interrumpió la chica, desconcertada.

Bern sintió que un abismo se abría bajo él. ¿Cómo era posible que no recordara al gusano?

¿Tanto se habían visto afectadas sus facultades mentales?

—El gusano de Harraquis… —insistió, tercamente, pretendiendo llevar un retazo de cordura a la perturbada mente de Lorelei—. El gusano que nos persiguió por el bosque, cuando nos libramos de la hierba…

—¡Tú eres el loco! —replicó la chica, en un tono burlón—. Después de atravesar la hierba vampírica, gracias al androide, nos atacaron aquellos insectos gigantes voladores y nos llevaron hasta sus grutas…

Bern parpadeaba perplejo.

—Logramos escapar por un túnel —continuó Lorelei—, pero caímos hacia un lago subterráneo de magma hirviente. Apenas pudimos sujetarnos precariamente a un saliente y tú, desesperado, dijiste que era mejor acabar de una vez. Sacaste tu pistola y me amenazaste con ella: o me arrojaba al volcán o me hacías agua el cerebro con el impactador. Entonces, peleamos y…

Bern la hizo callar, antes de proseguir él.

—Ahora te voy a contar lo que me sucedió a mí…, ¡o lo que yo creí que nos estaba pasando!…

Con breves frases, relató su historia. A medida que avanzaba, el rostro de la chica demostraba más y más incredulidad.

—… entonces, me atacaste con la piedra, peleamos, y se disparó. Supongo que, estábamos tan próximos, que nos afectó a los dos.

—Sí, no hay duda… ¡Debemos de estar locos a causa del disparo! —aceptó Lorelei.

Bern sonrió, negando con la cabeza.

—No, no estamos locos…

Ella quiso saber:

—¿Entonces, qué ha ocurrido?

—Eso es lo mejor. No ha ocurrido nada…, ¡o casi nada! Todo ha sido fruto de nuestra imaginación…

—No sabía que tuviera una imaginación tan desbordante —confesó Lorelei.

—No la tienes, nena, y no te ofendas. ¡Ha sido cosa de Navrapool!

La boca de la chica quedó un buen rato abierta por la sorpresa.

—Sí, el mental ha controlado nuestros cerebros para obligarnos a pelear… —continuó Bern.

—Pero eso es… ¡es demasiado horrible! ¿Por qué hacer eso?

—Sólo se me ocurre un motivo —dijo Bern, sombrío—. Han localizado la nave y querían asegurarse de que no estaríamos vivos cuando viniera una patrulla de rescate… ¡Era una posibilidad entre mil, pero no podían arriesgarse a que sucediera! ¡Falló porque el

impactador nos noqueó!

—¿Quieres decir… que se han ido con la nave? —inquirió la chica, asustada.

—Sólo tenemos una forma de comprobarlo.

Sin añadir nada más, se puso en pie y tendió la mano hacia Lorelei. Los dos caminaron decididamente hacia el hangar secreto de Bernard Clark.

A las cinco de la mañana, cuando amanecía, alcanzaron la costa. Frente a ellos, el mar moría plácidamente en una maravillosa y paradisíaca playa.

—Allí… —dijo Bern, señalando unos farallones rocosos, situados a unos centenares de metros hacia su izquierda.

Los recorrieron hasta encontrar una pequeña roca de forma característica, de aristas agudas, imposibles de haber sido moldeadas por la naturaleza.

Bern apartó la piedra, dejando al descubierto una pequeña caja de mandos y oprimió los botones, digitando una combinación concreta.

—¿Está la nave? —preguntó ansiosamente Lorelei.

—No lo sé…, todavía. Parece que nadie ha tocado los mandos, pero…

Mientras hablaba, una parte de las rocas del farallón pivotó sobre sí misma dejando al descubierto la entrada de un túnel completamente forrado de planchas metálicas.

—¡Estamos a salvo, nena! —gritó Bern, triunfalmente—. Aunque no esté la nave, encontraremos provisiones, agua, habitaciones para descansar hasta que llegue la expedición de rescate… ¡Lo tenemos todo!

El túnel se internaba en la montaña, ampliándose progresivamente. Bern señaló hacia un débil resplandor que se atisbaba al fondo.

—¿Lo ves? ¡Te lo dije!… Tendremos de todo, hasta un par de robots de mantenimiento que nos pueden servir de…

La chica dejó escapar un gemido angustiado al oír aquello.

—¡Robots! ¡Oh, no!

—¡Ey!, ¿qué te ocurre?… No me dirás que tienes aprensión a los robots. Después de lo que hemos pasado, serán los únicos de los que me fiaré en el futuro. ¡Si no llega a ser por el androide de

Ellington…!

—¿Y si… y si los han manipulado para que nos ataquen? —balbuceó la chica, temblando.

—¡Imposible! —rectificó el muchacho—. Es más, ni siquiera creo que Smith y Navrapool hayan llegado aquí. Las alucinaciones fueron el último intento del monje para que no nos adelantásemos a ellos…, ¡seguro!

Entraron en una vasta sala central, que contenía muchas puertas de diferentes tamaños.

—Vamos a ver la nave… —dijo exultante Bern, señalando un pasillo situado frente a ellos.

—¡Espera, Bernard! ¡Espera un momento! —atajó Lorelei. Hay que tener cuidado con…

Bern la hizo callar. Sus ojos estaban fijos en una de las habitaciones con la puerta abierta.

Desde donde estaban situados, sólo podían ver parte de una cama, pero sobre ella se advertían los pantalones y las botas de James Alexander Herbert George Smith.

El muchacho corrió hacia allí y se asomó precavidamente al interior.

El grueso millonario yacía sobre el lecho, con el cerebro completamente destrozado. Su mano derecha aún sostenía un láser. No había tenido oportunidad de utilizarlo.

Bern se apoderó de él.

—¡Lo habían conseguido! —gritó Lorelei—. ¡Llegaron hasta aquí! —Y clavando sus ojos en el pasillo que conducía al hangar—: ¡Dios mío! ¡Navrapool!…

Se lanzó hacia el pasillo, seguido de cerca por la chica.

Un robot se encontraba en mitad del largo túnel. Inmóvil. Impidiendo el paso.

—¡La nave! ¿Está la nave? —Interrogó nerviosamente Bern.

Por toda respuesta, el robot alzó su brazo apuntándole.

—¿Qué haces? Se supone que tienes que reconocer mi código fonético…

Un sexto sentido le hizo agacharse en el instante que la máquina abría fuego sobre él. Un rayo láser pasó a milímetros de su cabeza, estrellándose contra la pared. Algunas gotas de acero fundido cayeron sobre la espalda de Bern.

Se retorció de dolor, intentando sacudirse el fuego que corroía su carne y vio, de reojo, como el robot volvía a encañonarle con su brazo.

De repente, como si en sus pies estuvieran adosados unos potentes reactores, la máquina salió despedida hacia arriba hasta estrellarse violentamente contra el techo, explotando violenta, rabiosamente. Bern apenas tuvo tiempo de taparse los ojos para no quedar ciego a causa del fogonazo.

Cuando el humo se dispersó, se incorporó atónito.

—Me ha… me ha atacado, pero…, ¿qué diablos ha sucedido después?

Al oír la voz, tuvo un sobresalto. La voz no llegaba a sus oídos, aún ensordecidos por la explosión, sino que parecía resonar directamente en su cerebro.

—Estoy en el hangar… ¡Ven, Bernard Clark! ¡Ven a mí!

—¡Navrapool! —exclamó sin aliento.

Bern y Lorelei se precipitaron hacia el hangar.

En medio de la bóveda, yacía el segundo robot. Un poco más allá, la nave, reposando en sus anclajes. Y junto a ella, semitendido en el suelo, el monje les contemplaba con un rictus, mitad sarcástico, mitad dolorido.

Era fácil saber el motivo. La manga izquierda de la túnica del mental había desaparecido…, ¡y el brazo con ella! El encuentro con el segundo robot había debido de tener lugar por sorpresa.

—Nos engañaste, Bernard Clark… —afirmó el monje, con una sonrisa—. La nave es sólo para dos pasajeros…

—Si os lo hubiera dicho, habría estallado una carnicería. Nadie habría querido quedarse aquí esperando socorro; sobre todo, porque nadie se fiaba de los demás…

—Nos hemos destrozado mutuamente de todas formas… Ahora sólo quedamos tres y como puedes comprender, no puedo ser yo el que se quede esperando…

Lorelei se aferró al brazo de Bern.

—¡No puedes hacerle caso!… ¡No puedes abandonarme aquí!

—Eres la única persona que puede esperar —siguió argumentando el mental—. La nave sólo se abre con las huellas de Clark y, supongo, que lo mismo ocurrirá con los mandos… ¡Él tiene que ir, y yo también!

—¡Por favor, Bern!… ¡No! —gimió la chica, suplicante.

—¡Oh, sí! ¡Lo hará! —aseveró Navrapool—. Sobre todo, cuando le cuente lo que sé. Gracias a mis poderes, averigüé que alguien había puesto una bomba en tu castillo, que habían convertido tu pacífico e idílico planeta en una pesadilla monstruosa, que habían reprogramado los robots de mantenimiento para que atacasen a quién no supiera la clave… Y, ¿sabes quién es ese alguien?

—¡Es mentira, no he sido yo! —aulló Lorelei—. ¡No le hagas caso! ¡Está intentando enfrentarnos como hizo antes!

Bern la miró atónito.

Luego le dijo:

—Navrapool no ha dicho que fueses tú…

El mental volvió a tomar la palabra:

—Sirve a tu querido secretario, a tu Thomas Hull…, ¡hace años que conspira para arrebatarte tu imperio! ¿Por qué crees que te arrastró fuera del palacio? En cuanto se dio cuenta de que te sentías atraído por ella —y créeme, tiene mucha experiencia para descubrir esas cosas—, no quiso arriesgarse a que la bomba explotase mientras la retenías en su dormitorio…

El amo de Istambetta casi no escuchaba al mental. Sus ojos estaban fijos, clavados en Lorelei que pugnaba por no llorar, por no mostrar debilidad, pero las lágrimas se deslizaban incontenibles por sus mejillas.

—¡Me arrepentí, Bernie! ¡Te lo juro!… ¡Pero ya era demasiado tarde para desactivar la bomba! ¡No podía hacer nada!

Navrapool sonrió cansadamente. Tenía la batalla ganada.

—No te conocía, Bernard… No sabía quién eras, pero cuando te encontré en la fiesta y supe que la imagen que me habían dado de ti, el comerciante sin escrúpulos, el millonario insensible, el déspota tiránico, no era cierto, deseé… deseé no haberme mezclado en este asunto, te deseé a ti… ¡Te quiero, Bernard! ¡Y tú lo sabes!

—¿Lo sabes? ¿De verdad?… —cuestionó Navrapool—. Te está engañando, Clark…, ¡cómo te engañó desde el principio!

Bern cerró los ojos. ¿Y si todo era un truco del mental? Ya había jugado con sus cerebros otra vez… No. Esta vez, Navrapool no tenía nada que ver. Lorelei le había intentado prevenir contra los robots. Sabía que habían sido reprogramados… ¡lo sabía!

—¿A qué esperas, Clark? —urgió el monje—. ¡Dispara de una

vez!… ¡Mátala! ¡Mátala!

Bern aferró la culata del láser y alzó el brazo. Apuntó cuidadosamente entre las cejas de Lorelei y en una décima de segundo, giró el brazo y disparó contra el mental.

Navrapool lanzó un escalofriante gemido, mientras sus piernas desaparecían en un estallido de fuego, humo y carne calcinada. Fijó su mirada en Bern y entrecerró los ojos.

El muchacho sintió que hervía su cerebro y cayó al suelo, doblándose agónicamente sobre sí mismo, apretando la cabeza entre las piernas, protegiéndola con los brazos.

Pero no había defensa posible contra el ataque intangible del monje.

De improviso, todo acabó.

Cuando consiguió abrir los ojos, divisó a Lorelei erguida frente a Navrapool, con el láser en la mano, contemplando absorta el tronco del mental. Su cabeza había desaparecido.

Lentamente, la chica se volvió hacia él.

Le miró con intensa fijeza.

—¿Por qué no disparaste contra mí?… —preguntó, intentando controlar el temblor de su labio inferior.

Él le explicó:

—Todos podemos cometer errores. Tú cometiste uno y yo otro. Por si te has olvidado, he sostenido durante todo el viaje que Ellington era el responsable de lo que sucedía…

—¡Ellington! —exclamó Lorelei sorprendida—. Me había olvidado de él. ¿Por qué enviaría un androide en lugar de venir en persona?

—Porque es un viejo tozudo y orgulloso —replicó Bern—. Porque ya no puede viajar, no puede beber, no puede fumar, no puede provocar a una chica para despreciarla después…, ¡y mucho menos consentir que la gente se entere! ¿Qué mejor solución que enviar un duplicado físico de su propia imagen, incansable, fumador, bebedor, juerguista y encantador? ¡Las leyendas nunca tendrían que envejecer y Art procura conservar su propio mito!

La chica desvió su mirada para no enfrentar los ojos de Bern.

Luego murmuró:

—Quiero que sepas una cosa, ahora que Navrapool ha muerto, ahora que ya no existe ningún peligro, ahora que podría matarte

fácilmente y de mil formas distintas… ¡Te amo, Bernard!

Éste sonrió.

—Lo sé, nena… ¿Por qué te crees que me cargué a ese loco? Porque sé que me quieres y tú sabes que yo te quiero a ti…

—Bernard, cariño…

—¿Sabes una cosa? Me gustaba más aquello de Amo…

Tomando a la chica del brazo, se acercaron hasta la puerta en la nave, donde Bern apoyó su mano sobre la cerradura dactilar.

La puerta siguió inmóvil.

—¿Un último truco de Navrapool? —Preguntó en un susurro.

Intentó presionar con más fuerza aún, pero lanzó un gemido de dolor.

Ante el asombro de Lorelei, estalló en carcajadas.

Exclamó:

—¡Qué imbécil soy! La cerradura funciona con mis huellas dactilares, perfecto. Lo malo es que no tengo ninguna…

Y le enseñó la palma de la mano a la chica. Estaba llena de llagas, cortes, fístulas… Parecía no haber un centímetro de piel intacto.

—¿Cuánto puede tardar en curarse una cosa así? —Preguntó Lorelei.

—Depende… —respondió Bern—. Si empleamos el automédico, apenas 24 horas. Si la desinfectamos y dejamos que la naturaleza siga su curso, no tengo ni idea. Quizás una semana, quizá dos, un mes…

—¿Tienes prisa por volver a tus negocios? —Insinuó ella.

Bern contestó tranquilo:

—Ninguna. Prefiero que Thomas Hull se cueza en su jugo, pensando que ha tenido éxito y haga sus movimientos. Aparecer de repente, cuando piense que todo está en sus manos, me compensará por todo lo que me ha hecho pasar. Si a eso añadimos una cadena perpetua en Nevermore, tendrás mi imagen de la perfecta felicidad.

—Te conformas con poco —protestó Lorelei—. ¿Seguro que no desearías nada más?

Bern recorrió la silueta de la chica, lentamente, refocilándose a placer.

—Bueno, ya que lo mencionas…

—¿Has dicho que tus manos tardarán un mes en curarse?

—Más o menos.

—Un mes en que estaremos solos, tú y yo… Lorelei dejó caer la camisa al suelo.

Bern tardó un mes en volver a pensar en Thomas Hull.

FIN.



NEIL ABNER es un seudónimo de Francisco Pérez Navarro.

También conocido como Elepé, Neil Abner o El Pérez, Francisco Pérez Navarro comenzó a escribir a comienzos de los sesenta y es uno de los mejores y más prolijos guionistas españoles.

Se curtió escribiendo guiones por encargo para la Editorial Bruguera; entre los trabajos de esa época destacan por su fino humor los tres libros de SuperLópez con Jan, en los que el Pérez creó el mítico Supergrupo, y consiguió revitalizar la ya famosa serie de Jan.

En los ochenta escribió los guiones de la serie
Dungeons & Dragons
, y creó personajes y series propias, como La Odisea con Martín Saurí, Nostradamus, La familia Rovellón y Total Hero con Sempere,

Mentat con Javier Pulido, y algunas más.

En su producción tienen especial relevancia obras como Aventuras de Pasolargo y Nosotros los catalanes, ambas dibujadas por Jan.

Además de guionista de cómics se dedica a la traducción (Witchblade, Astro City, Ghost World…) y es socio propietario de Dolmen Ediciones.

Notas

[1] Conjunto de procesos científicos, hipotéticos aplicados en un cuerpo celeste, principalmente un satélite o un planeta, destinados a adecuar las condiciones climatológicas y atmosféricas de dicho cuerpo, con vistas a hacer viable la vida humana en dicho cuerpo celeste. < <

[2] La expresión *cyborg* tiene su origen en el acrónimo en inglés *cyborg*: de *cyber* [«cibernético»] y *organism* [«organismo»], «organismo cibernético».

Se trata de una criatura compuesta de elementos orgánicos y dispositivos cibernéticos generalmente con la intención de mejorar las capacidades de la parte orgánica mediante el uso de tecnología. < <